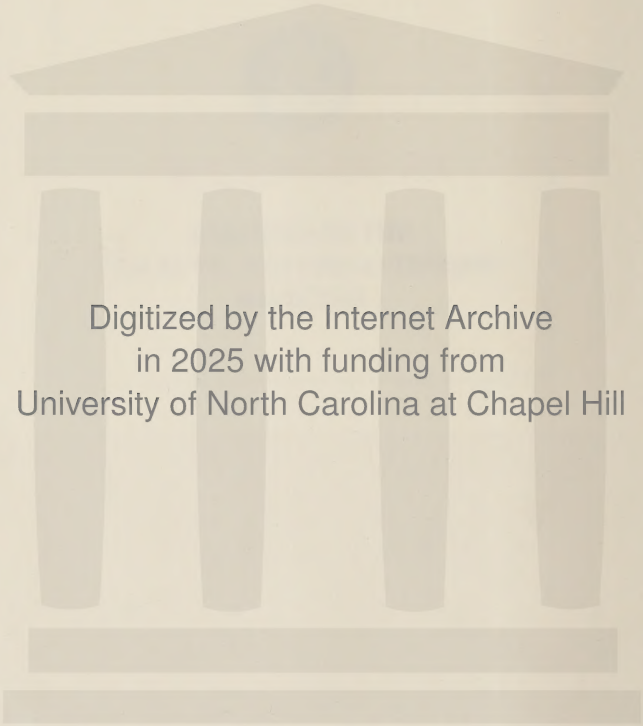
THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA
AT CHAPEL HILL

WILSON ANNEX

ENDOWED BY THE
DIALECTIC AND PHILANTHROPIC
SOCIETIES

UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00020200104



Digitized by the Internet Archive
in 2025 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/crticaliteraria00vill

HÉCTOR VILLAGRÁN BUSTAMANTE

CRÍTICA LITERARIA

MONTEVIDEO
Editores: A. MONTEVERDE & Cía
25 de Mayo, 499
1929

WA
897.09
V713c

HÉCTOR VILLAGRÁN BUSTAMANTE

CRÍTICA LITERARIA

THE LIBRARY
THE UNIVERSITY OF NORTH CAROLINA
AT CHAPEL HILL

MONTEVIDEO
Editores: A. MONTEVERDE & Cía
25 de Mayo, 499
1929

MICROFILMED
BY SOLINET / NEH

PREFACIO

He aquí algunos artículos y notas de crítica. Las páginas puestas al principio de la colección reflejan — o aspiran a reflejar — cómo han visto a España tres grandes escritores hispanoamericanos: Sarmiento, Rubén Darío, y Carlos Reyles. El primero es el político, el segundo el poeta, el tercero el novelista; prendió en el uno el sentimiento romántico, impuso el otro la renovación modernista, en el último hallamos la nota del psicologismo a lo Barrés: tres sensibilidades y tres ópticas distintas. Asoma en esas páginas, por entre la España de Sarmiento, la muy romántica y muy clásica de Gautier. Y por cierto que, hace ya largos años, en aquellas tierras solares, nos solazábamos siguiendo, a través de su libro famoso, las andanzas del escritor francés, que, movido por su original fantasía, cambió allí por el traje de majo, el legendario chaleco rojo de la noche de «Hernani». Edmundo De Amicis, peregrino maravillado y nostálgico, nos había anticipado el encanto de los patios andaluces, que él conociera

4548168
899.09
V713C

en su «viaje durante el reinado de D. Amadeo I». Mauricio Barrés abría a nuestra emoción inesperados canales. Así, a la visión real, se reunían las visiones y sugerencias de los libros. La ronda de los recuerdos ha pasado y vuelto a pasar muchas veces desde entonces, y el eco de aquellas jornadas — ay! ya lejanas — ha repercutido a menudo mientras surgían esas páginas. Pasaba Sevilla, la primera de las ciudades españolas que conociera el viajero. Todo era violento en aquella mañana resplandeciente: el sol, el cielo, la flor «regada con la sangre de los toros», que ardía entre hierros o detonaba sobre las cabelleras renegridas. Un polvo de oro flotaba en la atmósfera. Bajo los balcones del hotel estallaba la música de un organillo que sonaba un aire popular. Las notas que volaban del piano de manubrio, rebotaban en la oquedad de la plaza frontera. Sumergíase el viajero en aquella onda polícroma de luz, de aromas y armonías, y como a poco apenas si le herían el arrebato solar y la viveza del color, pensaba que había llevado consigo su «recóndita Andalucía». Y cuando esta impresión del arribo ha persistido en su espíritu, a través de los años, no ha de parecer enteramente fuera de lugar en este sitio.

Rubén Darío está hoy un poco olvidado, — como lo están, también, algunos otros de los maestros que hechizaron los primeros años de nuestra

juventud. Y sin embargo, « el Alba de oro » sigue siendo suya. No ha vuelto a amanecer en América como entonces. ¿Dónde encontraríamos ahora, escrutando el inquieto horizonte, concreción semejante? Se expone en estas notas lo que llamaríamos « la segunda manera » del poeta, tan interesante del punto de vista «humano» como lo fuera la primera del punto de vista puramente artístico. Esta segunda faz — acaso menos estudiada y menos difundida — del burilador de las « Prosas », irá siempre a herir, por la riqueza del sentimiento y el fervor de la confidencia, — sin que se nos vele la belleza que de ella surge — a las almas verdaderamente poéticas.

Señalamos más adelante cómo la crítica — o una parte considerable de ella — ha juzgado la obra de José Enrique Rodó, a raíz de la muerte de este eminente escritor. Aunque muy rápida, pensamos que no carece de interés — por lo que al asunto se refiere — esta vista sobre la empresa de revisión iniciada con el motivo expresado. « No estimemos los valores literarios como algo inmóvil, incambiable. Todo lo que no cambia está muerto », apunta un crítico. Y agrega: « Veamos en los grandes autores el reflejo de nuestra sensibilidad actual. Otras generaciones vendrán luego que vean otra cosa ».

Completan la colección — además de una vista

sobre la vida literaria en Montevideo hacia promedios del siglo pasado —, diversos artículos y notas, efímera labor — como la que representan las páginas restantes—, aunque inspirada — como éstas — en el gusto de los libros, el amor del arte, la simpatía, que a veces no se satisface con quedarse en el fondo del ser y busca entonces su forma de expresión.

H. V. B.

Mayo, 1929.

VISTAS DE ESPAÑA

I

LA ESPAÑA DE SARMIENTO

Las bodas reales que en 1846 se celebraron en Madrid, llevaron a España, a fines de ese año, a dos grandes escritores franceses: Alejandro Dumas y Teófilo Gautier. El autor de *Los Tres Mosqueteros* buscaba la poesía, la naturaleza, las costumbres, e iban surgiendo de su pluma las páginas, tan animadas y tan vivas, tan exuberantes de imaginación y buen humor, de su libro *De París a Cádiz*. Pasó por la Península —escribe *Azorín*, —«voceando alegremente y haciendo una porción de farsas y diabluras en los mesones y ventas de los caminos». Había adoptado, para referir sus impresiones, la forma epistolar, expresándolas en cartas dirigidas a una dama. Teófilo Gautier — de quien Saint-Beuve decía que había hallado en España «su verdadero clima y su verdadera patria» — volvía trayendo

sus caros recuerdos, sus dulces visiones de otros días. Seis años antes, en efecto, había recorrido la Península, escribiendo su famoso *Voyage en Espagne*.

Atraído, asimismo, por la singularidad de la ocasión, franqueaba, también, los Pirineos, un ilustre argentino, célebre ya por la que se reputa como la mejor de sus obras: apenas si necesito decir que tal viajero era Domingo F. Sarmiento. Estudiaba Sarmiento, en el extranjero, el estado de la enseñanza primaria. En medio de sus andanzas, y entre las atenciones que le imponía el primordial objeto de su viaje, hallaba huelgo para concretar, en cartas dirigidas a sus amigos, las impresiones y observaciones de todo orden que le sugerían los países que visitaba. Iba escribiendo, así, su libro *Viajes por Europa, Africa y América*, que apareció en Santiago, en 1849.

Las páginas dedicadas a la Península, cuentan, sin duda, entre las más fuertes de ese libro. No serán un modelo de *viajes*, como el que nos dejó Gautier, mas no podrá dejar de verse en ellas una vigorosa interpretación de aquella España de mediados del siglo pasado; una visión original y fragmentaria, vertida en un lenguaje pintoresco, expresivo si no rico; expuesta desordenada y tumultuosamente, pero encendida siempre y siempre interesante.

Y puesto que Gautier habíalo precedido, apli-

cando una óptica distinta, significativa de naturalezas, culturas, preocupaciones y gustos dispares, antes de seguir los pasos del polemista del *Facundo*, echemos una mirada sobre el clásico viaje del romántico y puro artífice de los *Esmaltes y Camafeos*.

***

Con su sentido, tan vivo, del color, con su sentimiento poético, tan hondo, Gautier había visto una España en la que detonaban por todas partes: en los trajes característicos, en la sangre y la arena del circo, en las cien expresiones de su gusto decorativo, la púrpura y el oro; una España en la cual admiraba los brillos y las tinieblas de Goya; donde cada mujer tocábase con la mantilla y agitaba sobre el busto opulento su abanico; donde se daban espectáculos que congregaban a «doce mil espectadores en un teatro tan vasto que únicamente Dios puede pintarle el techo con el espléndido azul que saca de la urna de la eternidad». Había conocido la penumbra de las antiguas catedrales, de las viejas iglesias españolas, florecidas de leyendas, fijando su mirada en los altares, en las imágenes, en los cuadros, en las sillerías, en los coros, en las proezas y el color de la piedra. Y a lo largo del camino, había pintado con su pincel maravilloso todo el suelo de la Penín-

sula, atravesando regiones montañosas, llanuras polverientas, amarillentos campos de trigo; viendo precipitarse los torrentes; por entre enanos olivares; pasando sobre los puentes; ante las manifestaciones de una naturaleza que cambia, a la vista del «hermoso reino de Andalucía», el panorama de España; bajo un sol quemante, implacable, flagelador, que provoca, con sus torrentes de fuego, una sed abrasadora, inextinguible.

De su *Voyage en Espagne*, dice Menéndez y Pelayo que, «en lo que toca a la interpretación poética del paisaje, difícilmente será superado nunca, porque la geografía física de la Península no está contada allí, sino *vista*, con visión absorta, desinteresada y esplendente». Arcos, columnas, capiteles, ruinas, son objeto de su curiosidad, una curiosidad siempre despierta, siempre viva, que va desde el conjunto hasta el detalle. Trajes, usos, costumbres; cuanto tiene carácter, brillantes apariencias, formas vistosas; cuanto se mueve bajo ese *espléndido azul* que él incorpora al espectáculo de la corrida de toros, como cúpula y remate del circo, todo lo describe y lo fija en la imaginación; y cuando se ha seguido los pasos de este viajero, para el cual toda su fuerza consiste en ser «un hombre para quien existe el universo visible», apenas si puede concebirse que alguna nota de color

local, algún rasgo agradable o pintoresco, no hayan tenido su representación, su adecuada colocación y su relieve propio en el cuadro.

Es un artista que se embriaga de luz y de azul, que experimenta bajo el sol de España extraordinarias sensaciones de visualidad, que ve cumplirse en ella un sueño de la fantasía, y que no con otro objeto ha visitado la Península.

***

Alentaba en Sarmiento una prevención antiespañola irreductible. Más a la mano que las armas con qué defenderse, llegado el caso, del pintoresco bandido español—cuya fama, después de haber llenado todo el ámbito de España, había transpuesto la cordillera pirenáica—llevaba, con su animosidad—y su poderosa intuición, —los sutiles ácidos de la ironía, los mortíferos dardos del sarcasmo y la sátira.

Natural era, pues, que su *viaje* moviera a la réplica.—En 1853 apareció, en efecto, en París, un folleto titulado *Sarmenticidio o A mal sarmiento buena podadera.* Bajo el título leíase estas palabras: *Refutación, comentario, réplica, folleto o como quiera llamarse a esta quisicosa que, en respuesta a los viajes publicados sin ton ni son por un tal Sarmiento, ha escrito a ratos perdidos un tal J. M. Villergas*».

Esta definición manifiesta el carácter de la

respuesta. No perdonó Villergas los galicismos del ilustre argentino, los desmayos y caídas de su estilo, las imperfecciones y defectos de expresión, en él tan frecuentes; y su humor poético lo movió a alternar, en aquella tarea, el verso con la prosa. No se le escapó, tampoco, el rasgo de la infinita vanidad del polemista insigne, rasgo que colorea cien anécdotas de la vida del prócer; pero la crítica de Villergas no fué mucho más lejos, y se mantuvo, en general, dentro del tono que su título anunciaba.

A pesar de las prevenciones de Sarmiento, tiene su *viaje* por la Península un sabor de sinceridad íntimamente vinculado al encanto de no pocas de sus páginas. Ingenuamente se confiesa en ellas, y se descubre, a cada instante, junto al panorama de España, el panorama espiritual de su fustigador. Allí asoman sus gustos, sus ideas, sus conceptos generales; pero está también contenido allí el capítulo de sus limitaciones y carencias; está allí referido su tremendo conflicto — sin posible armonía — frente a la corrida de toros, que desarrolla en él el más dramático proceso psicológico, pues que, después de haber sentido «todo su sublime atractivo», la considera como un «espectáculo bárbaro, terrible, sanguinario, y sin embargo, lleno de seducción y de estímulo»; está allí, en fin, el eco de su lucha contra el color, que lo avasalla y

acaba por rendirlo, aún cuando a veces, con un golpe de zarpa, se quite de delante de la vista la llameante púrpura que deslumbra sus pupilas.

Gautier y Dumas vieron en la diligencia, con su tiro de mulas adornadas, los singulares arneses, el cochero vestido a la andaluza, los escopeteros, el zagal, que el autor de *Antony* se representaba como «el viento corriendo tras el torbellino», la primera manifestación del carácter y la originalidad de España. Menos dado a estas interpretaciones poéticas, sin la enorme ilusión del lapidario de los *Esmaltes*, sin la genialidad de Dumas, tan exuberante, Sarmiento vió en aquel aparato, en los gritos y las invocaciones con que se arreaba a las caballerías, un «extraño drama» cuya representación estimulaba su iracundia. «Hay diligencias. ¿No lo creéis?» — Habíalas en efecto, en todo el reino. El ferrocarril solo hizo su aparición en la Península en 1848, después de largos estudios, aplazamientos y curiosos debates, algunas de cuyas etapas ha referido *Azorín* en su libro *Castilla*.

Pero el color, lo pintoresco y lo poético, transcienden de la España de Sarmiento, aún a pesar suyo; y ahí están su representación del mendigo español; sus descripciones de los desfiles, los cortejos, los bailes, las fiestas populares que le tocara presenciar; y, sobre todo, su visión de

los toros, desordenada, tumultuosa, moralidad, reflexión y relato, a un mismo tiempo, vacilación y audacia, seguridad y, a la vez, duda; todo esculpido en un solo bloque, como trasunto de un espectáculo que depara los contrastes más chocantes, las emociones más contradictorias, visto a través de un temperamento en el cual — aparte algunas direcciones capitales — la contradicción es tan frecuente.

La España monumental y artística no comprometió el interés de Sarmiento. La más modesta aldea norteamericana habría de inspirarle, más tarde, una solicitud que no lograron merecerle, con sus templos, con sus palacios, con sus puertas, con su pasado, las viejas ciudades de la Península. — No sintió, tampoco, el gran escritor la producción dramática española. El teatro de verso parecíale, con relación al drama moderno un vano juego de palabras, incapaz de sorber la realidad, un instrumento insuficiente para representarla dando caracteres de verosimilitud a la ficción escénica. Afirmaba decir la verdad al expresar que un *vaudeville* le causaba « mayores sensaciones que todo el repertorio español antiguo y moderno ».

Mas el sueño, la inactualidad, el retardo de la nación conquistadora y colonizadora, en lanzarse a la enorme aventura de la vida moderna, diéronle el índice y el tono de sus impresiones.

Vió en todo, el atraso, el estancamiento, la parálisis, cuando no el retroceso. Reparó en el fenómeno de la despoblación. «La más desamparada de las ciudades que han sido, y no son nada», escribió a propósito de Córdoba. Y más adelante: «Córdoba tiene un centésimo de la población que sus murallas encerraban en tiempo de los árabes, y un décimo de la que contaba cuando era romana». Toledo y Burgos no eran ya sino «montones de ruinas». No halló en España ni caminos, ni industrias, ni marina nacional. Apuntó que «la venta, tal como la describe Don Quijote», existía «inmaculada de toda mejora». Chocóle el atraso en que se mantenía a las artes gráficas. Y aún encontró modificado el lenguaje...

Concretó en apretada síntesis sus impresiones: «Si yo hubiera viajado en España en el siglo XVI, mis ojos no habrían visto otra cosa que lo que ahora ven». Nada más a propósito para excitar sus nervios que esta idea. Él era un «civilizador», un progresista, y no podía, dentro de su temperamento, dejar de herir, de condenar, de sublevarse pensando que tres siglos habían resbalado sólo para patinar la piedra.

Salió de España, después de haberle formado un curioso y airado proceso — el proceso de su laxitud — poseído de la misma animosidad con que entrara.

* * *

¡Con cuán distinta disposición de espíritu volvía de la Península, en 1840, el autor de *Mademoiselle de Maupin!* «Al pisar el suelo patrio — escribe — brotaron de mis ojos lágrimas, no de placer, sino de pesar». Panoramas y figuras proyectábanse en su imaginación. Dorábanse sus visiones a la suave luz del recuerdo. La dulce Francia, a la cual acababa de arribar, después de haber errado largamente «tras los montes», parecíale «país de destierro». En aquella España dormida al sol, Gautier — que habría jurado haber visto «a los abencerrajes pasearse por las galerías a la luz de la luna», huésped de algunos días en el palacio de la Alhambra — había soñado, en efecto, un sueño fabuloso y lejano.

Esta facultad de soñar no era un don que le hubiese sido negado a Sarmiento, pero representábale, sobre todo, el cielo, manchado de humo, de las fábricas, la ruidosa actividad de las dársenas, la locomotora devorando las distancias y arrastrando la larga fila de coches, las mil obras, invenciones, aplicaciones y maravillas del progreso moderno.

Por eso, después de todo, él habría querido despertar a España, curarla de aquel mal misterioso de que era presa. Por eso... y por algo más que por eso.

Un escritor argentino — el señor Rafael Alberto Arrieta — recordaba últimamente cómo Dickens y Sarmiento vieron a los Estados Unidos cuando penetraron por primera vez en aquel mundo, y apuntaba una fina observación crítica al radicar en su país de origen, « aparte los motivos puramente personales », la diversidad de sus juicios acerca de la gran nación. « Dickens — decía — llevaba dentro su vieja Inglaterra, y vió en todo una caricatura desmesurada de ella. Sarmiento llevaba dentro su Argentina del porvenir, y vió en la grandeza norteamericana una realización sorprendente y anticipada de sus ideales ».

Ah, su Argentina! — Villergas no acertaba a representarse sino como signo de una profunda misantropía, aquel encono del autor de *Recuerdos de Provincia;* mas era con el pensamiento puesto en su América que se había lanzado a la Península armado de todas armas. — « He venido a España — escribe — con el santo propósito de levantarla el proceso verbal para fundar una acusación, que, como fiscal reconocido ya, tengo de hacerla, ante el tribunal de la opinión en América ». Declaración que, por cierto, no abre una expectativa favorable a las protestas de imparcialidad que luego se apresura a hacer.

Simbolizaba él en España « la tradición del envejecido mal de América ». Procuraba apartar

a estos pueblos del pueblo fundador, dándoles de éste la imagen de su postración, de la profunda crisis porque atravesaba. Más tarde, deslumbrado viajero por los Estados Unidos, exaltando la grandeza de la patria de Wáshington, exibiéndola como ejemplo, serviría también, esa política de apartamiento de la España dormida.

II

«ESPAÑA CONTEMPORÁNEA»

Cuando, al despuntar el año 1899, Rubén Darío llegó a Madrid, designado por *La Nación* de Buenos Aires su corresponsal en Europa, iba a ofrecer a sus lectores, a través de sus crónicas, un panorama de la España del final del siglo.

El tiempo transcurrido desde los días en que expresara el poeta sus impresiones de la Península — reunidas en 1901 bajo el título *España Contemporánea* — ha marchitado, inevitablemente, buena parte de esa labor. Junto con la inquieta curiosidad del periodista, Darío llevó consigo la solicitud y el interés del crítico, y no pudo el artista dejar de manifestarse a través del relato de sus andanzas madrileñas; pero ni éste ni aquél, alcanzaron a sellar profundamente

aquella prosa, un poco *al vuelo*, en la que tan a menudo recogiera Rubén ecos fugaces y pasajeras emociones.

Sus juicios, salidos al paso, sobre escritores y poetas de la Península, son casi siempre breves aunque certeras notas al margen de la actualidad. Cuanto al artista, irrumpe a veces, poniendo, como súbitos relámpagos, brillantes toques sobre la página en que se desliza su *Madrid al día;* mas falta allí el sostenido aliento, el esfuerzo paciente que construye la obra para el tiempo.

Algunos temas apenas si se insinúan o sugieren. A menudo las figuras pasan apresuradamente, como en un desfile, cual si hubieran de ir cediendo su puesto las unas a las otras. La vida sigue fluyendo, y sólo le es dado al periodista reflejar su tumulto, sus contornos, sus características más resaltantes. A veces, sin embargo, una vibración levanta un eco más profundo, y sobre el fondo en que los sucesos van dibujándose, una representación o una imagen se graban fuertemente y acusan el rasgo indeleble, que muestra el poder de la garra, y que es como la marca de la simpatía o el sentimiento sobre la fugacidad de las cosas que no tocan a nuestro mundo íntimo.

Asoma la cultura de Darío bajo las características de esta glosa, fluída y amable, del mo-

mento que pasa. Su agudeza, su fina percepción le permite ver lo que a tantos otros no se les alcanza; y así, cuando al tratar de los escritores jóvenes de la Península, se fija en el perfil «cosmopolita» de Jacinto Benavente, que «ha impuesto su lección objetiva de belleza a la generalidad desconcertada», sorprende, a través de su *Teatro Fantástico*, «la fuerza de ese talento en que tan solamente se ha reconocido la gracia».

Pero hay en estas páginas una nota que, dentro de la diversidad de los temas que en ellas apuntan, da al conjunto una particular unidad y un particular interés; y es la que resulta de la representación del estado de espíritu de España al terminar la pasada centuria y en los albores del presente siglo. Todos los pasos que da el poeta por la Corte levantan el mismo eco, porfiado, persistente, que repercute luego en sus crónicas.

Ya Rodó, que acababa de recorrer la «ciudad soñada de las *Prosas*» a tiempo que el poeta se dirigía a la Península, había puesto término a aquella excursión representándose en su imaginación el momento español. Encontraría el viajero, en la nación vencida por el coloso norteamericano, «un gran silencio y un dolorido estupor». Y ese sería el fondo sobre el cual — como repercusión de los ecos, expresiones y sugerencias del ambiente — resaltaría la España de Darío.

En 1892 había estado Rubén en la Península, formando parte de la delegación enviada por el Gobierno de su país en ocasión de celebrarse el cuarto centenario del descubrimiento de América. Había conocido y tratado, en aquella oportunidad, a los más famosos escritores españoles.

Al volver ahora, después de siete años, apenas si al llegar nota en la capital cambio alguno; el sol, desde su *Puerta,* le da la bienvenida, presenta la ciudad la misma risueña fisonomía, el mismo animado aspecto de siempre, el buen humor es en la Corte, inalterable; pero cuando el viajero dirige su mirada hacia el «horizonte español», como tratando de orientarse, en procura de «las cimas que dejara no hace mucho tiempo», sus ojos divisan sombras por todas partes. Algunas de aquellas eminencias — escritores y políticos — han desaparecido, en otros han hecho presa la enfermedad, el desencanto, la vejez. «No está por cierto España para literaturas, amputada, doliente, vencida» — exclama el poeta.

No le faltaba razón para pensarlo. Ni Cánovas ni Ruiz Zorrilla estaban ya allí; en Castelar, con el mal físico, complicábase la desilusión; Valera mantenía, todavía, la tertulia en su casa de la Cuesta de Santo Domingo, y frecuentaba el salón de la «brava amazona» que era para Darío, Doña Emilia Pardo Bazán; seguía

brillando en la conversación y dando muestras de su ingenio literario, mas habíase apagado la luz de sus ojos. Hablábase de coronar a Campoamor, aún contra su voluntad. Darío pasó a su vista por las más penosas impresiones; tenía torpe la palabra y hallólo «abrumado de vejez». Al cabo de poco más de un lustro, no encontraba Rubén más que la sombra de aquel anciano «animado y ocurrente», cuyo retrato había trazado en una décima:

Este del cabello cano,
como la piel del armiño,
juntó su candor de niño
con su experiencia de anciano;
cuando se tiene en la mano
un libro de tal varón,
abeja es cada expresión
que, volando del papel,
deja en los labios la miel
y pica en el corazón.

Aún habría de recoger el poeta la confidencia de Núñez de Arce, escuchando una tarde, a lo largo del paseo, la revelación de su total pesimismo.

En el trance porque atraviesa España, incomprensivos políticos manifiestan su falta de elevación.

El poeta va saturándose de las impresiones del ambiente. Un día es la mascarada la que le

representa el drama de España, bajo los colorines y estridencias de la universal locura, cuando el pueblo, olvidando sus penas o echándoselas sobre las espaldas, se lanza a las calles

Y goza y ríe en la fiesta
Del Carnaval.

Es otro día *Cyrano,* que acaba de salvar

De un salto el Pirineo,

y al cual

saluda
Y abraza el gran manchego,

quien le sugiere el pensamiento de «esta triste flacidez, esta postración y esta indiferencia por la suerte de la patria», que «marcan una época en que el españolismo tradicional se ha desconocido o se ha arrinconado como una armadura vieja». Palabras de sentido igual al de aquellas que, algún tiempo después, oye de labios de Jacinto Octavio Picón, entonces flamante académico de la Española.

La «brava» Doña Emilia hablaba en París — donde, precisamente, se había negociado el tratado de renuncia a Cuba, y de cesión, a los Estados Unidos, de las Filipinas y Puerto Rico — de las dos leyendas de España: la leyenda heroica y caballeresca, de una nación generosa y potente, y la leyenda conquistadora e in-

quisitorial; y cuando afirmaba que la primera de ellas, embriagadora como un fuerte licor, alimentando, en la decadencia y la pobreza, la vanidad y la quimera, propiciando los éxtasis voluptuosos de la imaginación, había sido la causa de los recientes desastres, Rubén le salía al paso para contradecirla. No, no provenían de allí los males que afligían a la Península, sino de que hubieran « malaventurados políticos y ministros modernistas a su manera, descuidado el cimentar el presente apoyados en la gloria tradicional ».

* * *

Pero un « raro » prodigioso haría desbordar el río verbal, haría oír de nuevo la magnífica orquesta; el oro y el mármol — tan amados por este poeta suntuoso — acudirían a su imaginación, con su sentido de lírica riqueza, de subyugadora elocuencia, de noble y firme belleza; y junto a la mágica flauta y a los bronces sonoros, evocaría, tocado por la fantasía más esplendorosa, el fresco imponente y la obra del cincel estatuario. Este « raro », cuyo nombre pudiera omitirse — ¿ quién, sino él ? — sería Castelar. — Había partido ya el gran orador.

Al comenzar la temporada taurina, apareció·sele en las calles de la Corte la gran sombra de Gautier, y acompañó a la plaza al maestro ro-

mántico. Si no describió el espectáculo, prefiriendo recordar, en la ocasión, al colorista de los *Esmaltes y Camafeos*, trazó, en cambio, con las púrpuras y oros del poniente, una impresionante salida de los toros.

Este poeta sensual, turbado de continuo por las visiones de la

Carne, celeste carne de la mujer,

hubo de apurar en medio de tumultuosas emociones el sentido de la danza gitana, conociendo mientras seguía el gesto, el ademán, los giros de las bailarinas, aquella viva y ardiente representación, «el valor de sus trajes abigarrados, sus rojos, sus ocres, sus garfios de cabello por las sienes, sus caras de bronce, sus pupilas de negros brillantes».

Discurrió sobre novelas y novelistas; dedicó una página a la *Estafeta Romántica,* que Galdós acababa de incorporar a la serie de sus *Episodios Nacionales;* hizo desfilar a los *inmortales* españoles; examinó el problema de la revista en España; trató de la joven literatura; fijóse en los poetas, los críticos, los periodistas...

Mas la nota que surge de estas páginas, cuando, en último análisis, se trata de apurar su más íntimo sentido; el eco que hasta ellas asciende, a través de las ocasiones que las motivan, es

el que nace de un grave, recogido y austero dolor: el dolor de un pueblo altivo cuya tiniebla interior no logran esclarecer ni las violencias de su cielo ni los furores de su sol.

La última página de *España Contemporánea* lleva la fecha del 7 de Abril de 1900. Darío se dirigía a París.

III

«EL EMBRUJO DE SEVILLA»

Procura Carlos Reyles, en su novela *El Embrujo de Sevilla*, darnos la clave del carácter español, mostrar el alma, apasionada y dramática, varia y contradictoria, de aquel pueblo que consume en recias lides su energía y pone a prueba en «círculos mágicos» sus facultades emocionales. La plaza de toros es el mayor de esos «círculos»; los otros, en la ciudad andaluza, están en el arrebato solar, en el aroma de los jardines, en el lirismo hondo y concentrado de las coplas, en el zumo que se vierte en los vasos...

Del redondel donde luchan el hombre y la fiera, donde los lidiadores dan testimonio de su bizarría, de su desdén por la vida, arriesgada con garbo, y satisfacen los espectadores una ne-

cesidad de raza asistiendo a la trágica fiesta del toreo, se pregunta uno de los personajes de la novela porqué no ha de salir el poderío español, logrado bajo el influjo de aquella poderosa gimnasia de la sensibilidad, de aquella severa disciplina, de aquella familiarización con el peligro y con la muerte. Y es de notarse cómo, por tales caminos, una de las figuras protagonistas, Paco Quiñones, «señorito de la aristocracia» que, al saberse arruinado se lanzó al circo, encuentra en último análisis que siendo torero, está *muy bien* pues cumple con ello una función revestida de verdadera transcendencia social. «Si las viejas virtudes españolas — dice — no han muerto ya por falta de empleo, es quizá porque la magia del redondel las galvaniza y conserva. La bizarría y la majeza, que no podemos poner en la industria y el comercio, la ponemos en el arte taurino, el más viril y arrogante de todos, arte exclusivamente español como no podía menos de ser, siendo el más arrogante y viril, hecho con nuestros nervios y con nuestras entrañas, y por eso el único que les habla al alma a todos los españoles castizos».

También la Pura, estrella del baile flamenco, suscitando emociones colabora, para Paco Quiñones, en el desempeño de un alto ministerio. «Mientras los otros países — discurre — progresan y se roen el alma con el progreso, y se

queman la sangre para obtener una cantidad de bienes inútiles, nosotros amasamos alegrías y fuerzas que, llegado el momento, nos permitirán volver a ser lo que fuimos».

***

He ahí una interpretación llena, sin duda, de interés, de las corridas de toros, y del baile flamenco; interpretación que en la novela de Reyles se hace extensiva al *cante hondo,* a las procesiones, a todas las formas en que se manifiesta la sensibilidad española en cuanto tiene de más característico.

Almas atormentadas, en las que la pasión, el valor, el despecho, el orgullo, el amor, los celos, los sentimientos más opuestos y contradictorios, calentados al rojo vivo prenden hogueras, desfilan por las páginas del libro, transmitiéndonos sus fiebres. Sufren y gozan tumultuosamente, todo a un tiempo, como si apurasen el placer y el dolor mezclados en un mismo filtro.

La suerte que ejecuta el torero con extraordinaria limpieza, arriesgando impávido su vida pasea por la plaza un escalofrío en el que se funden como en un acorde, violentas y tempestuosas, mil emociones.

Hechos a tales espectáculos, cultivadores o apasionados del arte del toreo, bailadores y cantadores, ardorosos imaginativos, los personajes

de Reyles viven dramáticamente, y en la novela tiene cada cual su parte de exaltación y sufrimiento.

Arrojándose al circo, Paco Quiñones ahoga con ademán viril un hondo y puro amor; aspira el vaho caliente de la gloria que le depara su nueva condición, e identificado con su oficio de matador de toros, quiere con la Pura, artista del *tablao*, que triunfa, a la sazón, conquistar Sevilla. Desde lo alto de la Giralda contemplan el panorama de la ciudad. El sol andaluz parece poner en sus venas extraños ardores. Cuanto ven excita su imaginación y sus sentidos. Presas del hechizo de «la ciudad bruja», quieren abarcarlo, aprisionarlo todo: el pasado, el presente, el porvenir. Sus violentas emociones concrétanse, al cabo, en el deseo de hacer «cosas grandes», «barbaridades gordas», y la Pura descarga su pecho diciendo entre lágrimas:

—¡Paco de mi vida! ¡Seviya de mi alma!

Héroes del día, tuvieron allí su punto de intersección. Lo dramático de sus impresiones, sugiriéndoles propósitos del mismo linaje, no tardaría en culminar. La atmósfera estaba cargada de electricidad, y debía estallar la tormenta.

* * *

Casi niña, la Pura había sido perdida por el Pitoche, cantador flamenco que, pasado el im-

pulso pasional, habíala abandonado, dejándole el recuerdo de su brutalidad y sus violencias. Ahora volvía la chiquilla que en otro tiempo corría por el barrio de Triana, transformada, luciendo joyas, artista de fama, y en el café de baile y *cante*, donde, al olor del alcohol, se mezclaba un cálido lirismo, compuesto de alegría, de tristeza y de lujuria, « por su provocativa belleza, picante gracia, ojos gachones y presumidos andares, a los parroquianos se les antojaba aquella primorosa muñeca la encarnación viviente, no ya de la maja graciosa y brava, sino de la mismísima Andalucía ».

Su presencia, lo que había en ella de hermoso y sensual, su baile, el unánime coro de admiraciones que levantaba a su paso, la fascinación que ejercía con su arte, hicieron revivir todo el pasado en la mente de su antiguo amante, y un deseo de posesión apoderóse de él súbitamente. Rechazado por la Pura, el Pitoche ponía en sus coplas las *fatigas* de su querer sin fortuna que, por tal modo, transcendían al público, dando pábulo a las hablillas de los parroquianos de *El Tronío*.

Un cantador, que comenzaba visiblemente a decaer, trabajado por sordos rencores y obscuras rivalidades procuraba excitar el amor propio herido del Pitoche, que triunfaba sobre él arrancándose por *soleares* y *seguiriyas*. Cuando

le reflrió que la *Trianera* bailaba aquella noche por última vez y que iba luego a instalarse con Paco en *La Barrancosa*, la propiedad que éste había rescatado de su patrimonio, unos celos terribles hicieron latir sus sienes y a partir de aquel instante no pensó ya sino en ponerse entre la Pura y el torero.

Apagábanse en el café las últimas luces, las mesas estaban desiertas y los dos amantes disponíanse a salir. Al franquear la puerta del gabinete que habían ocupado, el gitano les cerró el paso. Unas cuantas palabras, y arrojólo Quiñones contra una pared. El Pitoche, abriendo la navaja se lanzó sobre él. De un bastonazo quedó desarmado. Después, el torero cogiólo por el cuello y apretó con fuerza. Congestionado, lívido, la lengua de fuera, acertó a nombrar a la Pura.

—¡No lo mates! —clamó la *Trianera,* sintiendo a su turno que volvía el pasado, que la llamaban desde muy lejos, desde muy hondo, que su sangre le pedía amparo. Pero Paco seguía apretando.

La bailadora, entonces, cogió del suelo la navaja que había caído de manos del gitano, y hundióla en el cuerpo del torero, que se desplomó sobre el pavimento. Después, los dos, el Pitoche y la Pura, deslizáronse en la noche, como dos sombras, a través de las calles de Se-

villa, hasta que al fin, rendidos de emoción y de fatiga, entraron en la casa del gitano.

* * *

He ahí la novela, he ahí el drama. Reyles no ha querido, sin embargo, que, como en el cuento *Capricho de Goya*, que fuera su boceto, — su libro se cerrara sobre esta escena de una enorme fuerza emocional, de una real intensidad y de una gran riqueza psicológica. A la angustia y al horror de la Pura, que no acierta a explicarse cómo ha podido poner en peligro la vida de su Paco, a quien adora, y todo ello por defender al Pitoche, al cual aborrece, suceden la mejoría y la convalecencia del torero, la muerte del gitano, las bodas de Quiñones con su antigua novia — resuelta en franco asentimiento la oposición paterna, — la partida, en fin, de la *Trianera*, que no quiere ser un obstáculo para la dicha ajena. De todos modos, hay algo que da tono al desenlace y salva, en los últimos capítulos, el desfallecimiento de la intriga: son las páginas que dedica el autor a la procesión del Viernes Santo, en la que la bailadora hace pública penitencia y manifiesta su arrepentimiento; páginas de una extraordinaria fuerza de colorido, de un vigor descriptivo admirable, esmaltadas de originales imágenes, en las que se dan, alternativamente, la luz y la sombra, y a través

de las cuales asistimos a un inusitado espectáculo.

El estilo lleno de nervio, pulcro y castizo, trabajado con maestría y con amor de artífice, es uno de los mayores atractivos de la novela, y el donaire andaluz pone en ella su grano de sal.

* * *

Sevilla canta, y ríe, y sufre, y llora, y vibra en este libro, en el que palpitan el *embrujo* y todos los *embrujos* de la ciudad. Apenas lo tomamos en las manos sentimos ya el ímpetu de su primavera, que estalla en un desborde de savias y lozanías. Vuelan en alas de la brisa, con el perfume de las flores, aromas de mujer. Músicas, voces, «el olvido de la embriaguez y la embriaguez del olvido». Y allá arriba, sobre la pena y la dicha, el sol andaluz. Este hervor de vida, esta extraña sed que lleva la copa a los labios, esta exaltación de la primavera, esta ebriedad de luz, preludian los cuadros, las escenas, la trama y el drama. Bajo esta Sevilla ruidosa, riente y perfumada, Reyles ha buscado el alma de la ciudad. La ha encontrado compleja, varia y contradictoria. Y la ha *cantado* — grave y honda, triste y alegre — en una prosa de firme y recia belleza.

LA EVOLUCIÓN DE RUBÉN DARÍO

Cabe considerar los *Cantos de Vida y Esperanza*, con relación a los anteriores libros de Darío, como el espectáculo de un espíritu que, después de haber flotado en la niebla azulada de sus sueños, siente, con la madurez, el contacto de la realidad, a cuyo soplo se desvanece el encanto de los tiempos mozos. Otras imágenes pueblan ahora la mente del poeta; otras ideas y otras preocupaciones asaltan su pensamiento. Su dandysmo intelectual no se ha alterado; ha conservado su fervor artístico; el ave inmaculada sigue siendo en sus lagos móvil copo de espuma; pero la expresión humana ha comparecido en sus versos.

> Yo soy aquel que ayer no más decía
> el verso azul y la canción profana . . .

Nueve años habían transcurrido desde que el poeta publicara sus *Prosas*, y de entonces acá ¡cuánta mudanza! Era el instante de la reflexión; dejábanse sentir las rachas y las melan-

colías del otoño; había llegado el tiempo en que caen o se aclaran muchos velos de misterio, pero en el cual el hombre suele substituir por nuevas inquietudes, y por nuevas y a veces terribles curiosidades, el viejo afán y los enigmas revelados.

Librándose a sus sentimientos y a sus recuerdos, bien que bajo la severa mirada del gran artista que había en él, evocaba Darío los sueños y los triunfos pasados, su jardín interior,

lleno de rosas y de cisnes vagos.

su alma joven,

sentimental, sensible, sensitiva,

la época aquella en que existiera a merced del instinto, la tentación de la torre de marfil, seguida luego de la necesidad de azul y espacio, para concluir afirmando:

La virtud está en ser tranquilo y fuerte;
con el fuego interior todo se abrasa;
se triunfa del rencor y de la muerte,
y hacia Belén . . . la caravana pasa!

Así, ya apagado el ardor de su juventud, extrae del pasado la norma y la enseñanza. La certidumbre de que ha corrido el tiempo, se resuelve para él en una crisis de serenidad tocada de tristeza. Remonta el poeta la corriente de su

vida, pero sabiendo que toda rebeldía, sería vana, evoca suavemente pretéritos esplendores, y dice su gloria con «una modestia orgullosa» que no descompone su actitud, y antes por el contrario, la confirma.

Juventud, divino tesoro,
¡ya te vas para no volver!
Cuando quiero llorar, no lloro . . .
Y a veces lloro sin querer . . .

No cabe emoción más profunda, y a la vez más simple, que la que palpita en estos versos. Darío quiso repetir varias veces este motivo, encontrando, sin duda, que él daba el tono exacto, el sentido preciso de su composición. Si tal no hubiera hecho, el poema habría reproducido el mismo matiz, la misma nota. Y es que él radicaba en la intimidad del poeta. Lo había vivido, y lo vivía, no en su imaginación, sino en la realidad, no a través de las representaciones del sueño, sino en los hechos, y de ahí que todos sus versos tengan idéntica entonación e igual contenido psicológico.

Plural ha sido la celeste
historia de mi corazón.
Era una dulce niña, en este
mundo de duelo y aflicción.

Todos los amores han dejado en el alma del

poeta un fondo de melancolía. Apasionados o tiernos, mataron su ensueño, fatigaron su carne, o fueron, bajo distintos climas, la tela de sus sueños, cuando no los fantasmas de su corazón. Buscó, sin encontrarla, a « la princesa que estaba triste de esperar ». La inutilidad de su empeño agrava su infortunio. Colma su vaso recordando que *Ella* no respondió a su llamado, y deprimido su ánimo, halla dura la vida. Pero la sed de amor no se ha extinguido en él; sobrevive a las viejas historias y mantiene con el tiempo la porfía:

> con el cabello gris me acerco
> a los rosales del jardín.

Mas, mientras vive su propio drama, el poeta recuerda que es suya « el Alba de oro », y reivindica para sí la gloria inmarcesible de haber anunciado para la lírica castellana un nuevo esplendor.

No ignora el maestro que algunos notan que ya no es el puro artífice de otrora, todo encendido en el amor de la Belleza, que amaba con egoísta pasión, abrevándose tañ sólo en sus fuentes luminosas:

> Yo sé que hay quienes dicen: ¿Porqué no canta ahora
> con aquella locura armoniosa de antaño?
> Esos no ven la obra profunda de la hora,
> la labor del minuto y el prodigio del año.

Yo, pobre árbol, produje, al amor de la brisa,
cuando empecé a crecer, un vago y dulce son.
Pasó ya el tiempo de la juvenil sonrisa:
¡Dejad al huracán mover mi corazón!

La evolución de Rubén Darío no podría ser explicada con mayor precisión ni con más sencillez. Artista exquisito, cualidad en él excluyente, en tiempos, obstinóse en no poner en sus versos ni un soplo de humanidad. Siempre el siglo XVIII francés, el mito griego, los mágicos escenarios, las telas lujosas y los metales preciosos, la artificialidad más refinada, una perfecta aristocracia en el pensamiento y en la expresión, reduciendo porfiadamente a silencio toda intimidad, y proclamando, sin ate-
actual.
nuaciones, su falta de interés por el fenómeno

Pero ahora, no es sólo la congoja interior lo que lo mueve al canto. El verso viril vibra en su lira cuando se dirige a Roosevelt. Años atrás el poeta se había preguntado: «¿Hay en mi sangre alguna gota de sangre de África o de indio chorotega o negrandano? Pudiera ser — habíase respondido — a despecho de mis manos de marqués: mas he aquí que veréis en mis versos princesas, reyes, cosas imperiales, visiones de países lejanos o imposibles: qué queréis! yo detesto la vida y el tiempo en que me tocó nacer; y a un presidente de la República no po-

dré saludarlo en el idioma en que te cantaría a tí, oh, Halagabal! de cuya corte — oro, seda, mármol — me acuerdo en sueños . . . ».

¡Quién le hubiera dicho a Darío, cuando esto escribía, que, andando el tiempo, pondría al frente de una de sus composiciones el nombre de un demócrata Presidente de la Unión! Rubén explicaba el hecho, diciendo: «Si en estos cantos hay política, es porque aparece universal. Y si encontráis versos a un presidente, es porque son un clamor continental. Mañana podremos ser yanquis (y es lo más probable); de todas maneras, mi protesta queda escrita sobre las alas de los inmaculados cisnes, tan ilustres como Júpiter».

Ocurríale al poeta, que América, cuyo presente había mirado con desdeñoso desvío, entraba, en cuanto ella tenía de vivo y palpitante, a ser parte en sus nuevas inquietudes. Ya no era el pasado, la remota leyenda, «el inca sensual y fino y el gran Moctezuma de la silla de oro», la única fuente de poesía que podía hallarse en estos pueblos inexpresivos, que ensayaban unánimes la democracia. Ayer, hoy y mañana, lo infiamaban de un ardor lírico que hasta entonces no había experimentado, y adelantábase a anunciar «la gran alba futura», en que España, la madre común y gloriosa, y las jóvenes repúblicas que hablan su misma lengua, se alzarían

a entonar nuevos himnos para honor de la raza.

* * *

« En Rubén Darío — escribe *Azorín* — se da un punto de confluencia maravillosa entre la civilización pagana y la civilización cristiana. Es pagano Rubén por su amor ferviente, apasionado, a las grandes fuerzas de la naturaleza. El instinto — tan combatido por el Cristianismo — le ilumina. La carne lo arrastra a todos los goces, a todas las sensualidades. No puede reprimir los impulsos de su personalidad. Ama todas las concupiscencias... Pero una luz malva encandila sus ojos: la luz del Cristianismo. Del Cristianismo tiene Rubén la profunda piedad y el aterrador — y pascaliano — sentido del misterio ».

La observación es exacta; pero apresurémonos a establecer que ese dualismo no se da en la obra de juventud del poeta. Ni en *Azul* . . . ni en *Prosas Profanas* aparece más que el gentin; es en *Cantos de Vida y Esperanza*, publicado cuando Rubén aproximábase a los cuarenta años, que aquella « luz malva » lo deslumbra y es en ese libro que ha encontrado *Azorín* la base de sus afirmaciones. De la composición titulada *Ananké* omitía Valera, en su juicio sobre *Azul* . . . , la transcripción de « la blasfemia final, que es burla contra Dios ». Años después, escribía Darío: « *Ananké* es una

poesía aislada y que no se compadece con mi fondo cristiano». Y agregaba que «ella no tuvo posiblemente más razón de ser, que un momento de desengaño, y el acíbar de lecturas poco propias para levantar el espíritu a la luz de las supremas razones». Esto no obstante, todo mueve a pensar que en los días de su juventud ni la piedad ni el eterno misterio turbaban al poeta. Su cristianismo sólo se anunció más tarde, y la evolución de su pensamiento se señaló, a la vez que por ese hecho, por otras preocupaciones que hasta entonces no habían arrancado a su lira ni una vibración, ni una estrofa, ni una nota.

La idea de la muerte comparece a cada instante en los *Cantos*. Dominado por ella, y sintiendo el terror de la hora fatal, el poeta clama ante el Crucificado, en cuya infinita bondad busca un refugio:

> Jesús, incomparable perdonador de injurias,
> oye; Sembrador de trigo, dame el tierno
> pan de tus hostias; dame, contra el sañudo infierno,
> una gracia lustral de iras y lujurias.
>
> Díme que este espantoso horror de la agonía
> que me obsede, es no más de mi culpa nefanda,
> que al morir hallaré la luz de un nuevo día
> y que entonces oiré mi «¡Levántate y anda!»

La dulzura del *Angelus*, que tañen las campa-

nas en la madrugada, trae para él, huérfano de los consuelos de la fe, navegando en su barca en medio de las sombras, el bálsamo de la aurora. La noche le es, en efecto, adversa, y mientras todo duerme, su imaginación en vela le representa la pérdia de sus ilusiones, dándole a la vez

> la conciencia espantable de nuestro humano cieno
> y el horror de sentirse pasajero, el horror
>
> de ir a tientas, en intermitentes espantos,
> hacia lo inevitable, desconocido y la
> pesadilla brutal de este dormir de llantos
> de la cual no hay más que Ella que nos despertará!

Serénase su espíritu en esas

> Claras horas de la mañana
> en que mil clarines de oro
> dicen la diviva diana,

y frente a los turbadores problemas de la vida y de la muerte, se dispone a aceptar con todas sus limitaciones el destino humano. Ha resuelto sus inquietudes más profundas substituyendo por un sentimiento de conformidad, de resignación ante los mayores enigmas, la idea del término fatal y el miedo del más allá. Bajo el influjo de ese sentimiento ha podido trazar su programa matinal:

> Exprimamos de los racimos
> de nuestra vida transitoria

los placeres porque vivimos
y los champañas de la gloria.

Devanemos de Amor los hilos,
hagamos, porque es bello, el bien,
y después durmamos tranquilos
y por siempre jamás. Amén.

Pero no es ni podría ser definitiva esta posición. Apenas si ella constituye una tregua, porque el poeta lleva en sí mismo el drama, que ha de vivir hasta el fin. Vanamente traducirán sus versos su empeño por obtener la paz, por revestirse de entereza, por contemplar a la muerte sin sentir su terrible sacudida; vanamente se ofrecerá a cantar el triunfo del amor, al soplo de la primavera; más allá del miraje que le brindan la luz, el aire, el paisaje matinal; más imperiosas que su voluntad y más fuertes que las voces de su razón, otras voces elevarán su coro:

Ser, y no saber nada, y ser sin rumbo cierto,
y el temor de haber sido y un futuro terror...
Y el espanto seguro de estar mañana muerto,
y sufrir por la vida y por la sombra y por
lo que no conocemos y apenas sospechamos,
y la carne que tienta con sus frescos racimos,
y la tumba que aguarda con sus fúnebres ramos,
y no saber adónde vamos
ni de dónde venimos...!

Es sobre esta página angustiosa, que el poeta

titulara *Lo fatal*, que se cierran los *Cantos de Vida y Esperanza*. Sus posteriores libros, *El Canto Errante* y *El Poema del Otoño y otros* poemas, describen frecuentemente las mismas inquietudes y desarrollan a menudo temas semejantes. En algunas de sus últimas composiciones, su terror del misterio asume el carácter de una obsesión dolorosa, de la cual no logra recobrarse. En la terrible crisis de su espíritu, sólo la fe pudo salvarlo; pero la fe no descendió hasta él para brindarle sus consuelos, y por eso osciló entre las imágenes que poblaron los sueños de su juventud, y su horror de la muerte. En este duelo formidable, las visiones radiosas de otros días acabaron por abandonarlo. Y ya pasada, y lejana, la juvenil exaltación no es el reir de la marquesa Eulalia que suena en nuestro oido, sino el grito desgarrador, el gemido de angustia del poeta, el dramático tumulto de esta alma atormentada por la duda.

"ZOGOIBI"

Rico temperamento de artista el del señor Enrique Larreta. Admiramos, ante todo, y sobre todo, en *Zogoibi*, cuanto es reflejo y expresión de ese temperamento. Si el asunto de la novela no es novedoso, préstale vivo interés a su desarrollo el talento del escritor. Hay en la obra pasajes de una gran fuerza emocional, que acaso no supera el propio desenlace, cuya lógica — para nosotros menos evidente — afirmaba en una hermosa página, el señor B. Sanin Cano. Pero lo que da tono a *Zogoibi* es el estilo, la finura de la observación, lo escogido, fresco, y, a la vez, preciso de las imágenes; lo que es trasunto del refinamiento espiritual y de la distinción intelectual del señor Larreta. Sobrepónense al drama las palabras finales de la obra. Ellas son, en su preciosa brevedad, en su cuidada y sobria belleza, como el índice de la novela. «Quedó, así, extendido, en el lecho de la tierra, en el inmenso lecho de la tierra fúnebre y nup-

cial, junto a su desdichada Lucía. Desde ahora, y aunque pasen muchísimos años, al cruzar la pampa nocturna, más de un caminante sentirá que su espíritu no está solo en la sombra, y creerá escuchar, por momentos, un rumor de otra vida, parecido al sollozo del trébol húmedo, cuando lo rasga la espuela».

También nosotros, como el señor Sanin Cano, hemos querido después de haber cerrado el libro, «decantar las emociones derivadas de su lectura», antes de trazar estas páginas, como una garantía del acierto y la seguridad del juicio. Y aunque es verdad que tal procedimiento trae muchas veces rectificaciones, y suele presentarnos nuevos e insospechados puntos de vista, en el caso de *Zogoibi* no hemos hecho sino confirmar y aún acentuar nuestras primeras impresiones. Así, en ese proceso de decantamiento, a pesar de lo bien trabado de la acción, sentimos que ésta palidece, como si no se concentrara, precisamente, en ella, el mayor interés de la novela. Y esta sensación, experimentada ya al terminar la obra, se hace más viva y se define más concretamente a medida que nos *alejamos* del drama. Las mismas figuras protagonistas vuelven un poco borrosas a nuestra imaginación, a tiempo que se destacan con vigoroso relieve algunos personajes secundarios. Discurrimos, entonces, que lo mejor de

este libro — ya consagrado por el público y por la crítica — está en lo que más ha puesto de sí mismo el señor Larreta: en lo que es trasunto de su observación, de sus lecturas, de su pensamiento, de sus reminiscencias, de sus viajes, de sus impresiones de naturaleza y arte.

* * *

Un hondo sentimiento del paisaje nativo, palpita en esta obra, en la cual el autor se ha complacido en darnos una visión panorámica de la pampa, describiéndola, ora en la soleada mañana, ora bajo la pompa colorista del crepúsculo, ora inundada por la lluvia, ora en el misterio nocturno.

Pero en esta pampa de *Zogoibi* poco va quedando ya de nuestra concepción clásica del campo, de sus moradores y de sus costumbres. Habítala el yanqui, que ha instalado en ella su fábrica, y con él la señora Wilburns y su amiga la Condesa; hallamos allí al estanciero doctor en derecho, que comenta a Kempis bajo las ropas del gaucho que no parecen en él sino pueril alarde; visítala el argentino radicado en París, y que no puede ya vivir en su tierra, de la que habla despectivamente; el mestizo letrado, que sueña con el viaje a Europa, o el que de allá vuelve perdido por el vicio; y en este mundo adventicio y pintoresco, vario y contradictorio,

alternan el clérigo andaluz; las señoritas de Navarro, de una religiosidad estrecha y fanática; la infortunada Lucía, a quien todos olvidan en su familia, encerrado cada cual en su propio egoísmo; los hermanos dispares, afeminado el uno, y con la preocupación del linaje; varonil el otro, especie de *gentleman* pampeano que pone todo su intento en parecerse a los ingleses.

No, no es esta la Pampa de nuestras habituales representaciones imaginativas. Hasta allí ha llegado la agitación del proletariado de gorra y blusa obreriles, que lucha, como en la ciudad, por su mejoramiento, tiene su cabecilla extranjero y apela a la huelga para sostener sus reivindicaciones.

El capataz de la estancia de Ahumada, que ha pasado ya los setenta años, «tipo castizo, sin mezcla de indígena, el tipo noble, severo, elegante del verdadero gaucho primitivo», lleva casco de corcho, en vez del arrogante chambergo de anchas alas, y ostenta en su frente una cicatriz que no le quedó de una herida recibida en brava lucha sino de un percance que le aconteció yendo en automóvil; el alambrado de púa ha hecho del chiripá una prenda histórica, una pieza de museo; el peón domador ejecuta su ruda y peligrosa tarea tocada la cabeza con una gorra inglesa y calzando zapatos de color...

Nos muestra así *Zogoibi* una pampa cuyo am-

biente ha sufrido una transformación profunda, y hasta la que ha llegado ya no poco de la dispersión, del cosmopolitismo, del abigarramiento de las grandes ciudades. Y sin entrar a considerar la extensión de ese fenómeno, la medida en que se ha producido, barruntamos que este cuadro, menos poético que el que nos compusieran otras lecturas sugeridoras de un medio y de un estado social substancialmente modificados, constituye una vigorosa interpretación de la realidad actual.

* * *

Grave es, en general, la línea del estilo del señor Larreta, de una pulcritud, de una riqueza y de una precisión admirables; mas en *Zogoibi*, tal situación, tal personaje, tal diálogo, ponen al descubierto, junto al don de observación, la vena humorística del autor.

Obra es ésta de que gustará plenamente el artista. Admirará en ella, acaso más que el drama mismo, la representación, el mundo de imágenes que ha creado, de recuerdos que ha removido el escritor ilustre de *La Gloria de Don Ramiro;* la belleza que ha puesto en estas páginas, la magia de sus decoraciones, su fina percepción, la matizada prosa en la que todo lo ha acuñado: formas, ideas, sentimientos . . .

RODÓ Y LA CRÍTICA

Mientras compartió Rodó las inquietudes de su tiempo, su palabra, más que sometida a la discusión y al análisis, fué por doquiera acatada y celebrada; pero con su desaparición tiende la crítica sus vistas sobre la perspectiva abierta por este espíritu preclaro. Un sentimiento de reacción sucede, a su muerte, al elogio sin restricciones, a la admiración fervorosa. Aspirando a determinar la exacta significación del escritor y de su obra, a estudiarlos y explicarlos, no es difícil, sin embargo, advertir en ese movimiento el ímpetu que caracteriza todas las reacciones.

Para algunos, el idealismo de *Ariel*—si alguna virtud tuvo, por razones circunstanciales, en el momento en que el célebre discurso de Próspero se propagara en América y en España—nada podría ya edificar, por vago y sin objeto. *Motivos de Proteo* adolecería de una fundamental deficiencia: faltarían allí «él método y la precisa regla de conducta con que educa-

dores menos elocuentes pero *más prácticos,* que miran el mal de menor altura, ayudan al claudicante o al abandonado por su alma», de donde resultaría la inanidad de tan ingente esfuerzo.

Así algunos de los críticos de Rodó consideran insuficiente o caduca su enseñanza.

Celebráronse en él, con unánime encomio, su amplitud, su tolerancia, su mesura, la serena disposición del ánimo, y no parece ahora sino que tales cualidades hubieran conspirado contra la eficacia de su apostolado. Cuéntase, en efecto, entre sus limitaciones y carencias, la falta de fanatismo, de exaltación y pasión, que se observa en su prédica. Si tuvo el don de persuasión careció del don de encendimiento, y esta deficiencia de su espíritu, restando todo activo poder a su palabra, malogró la efectividad de su magisterio.

Pero, incapaz de construir, el idealismo de Rodó es, además, considerado por algunos de sus comentaristas de esta última etapa, como peligroso y hasta nocivo. Destilando una molicie voluptuosa, conspira contra el deseo, contra la voluntad de acción; apartándonos de la realidad, lo cual es apartarnos de la vida, mata en nosotros toda iniciativa y todo estímulo de lucha.

No escapa a la severidad de estos juicios el estilo de Rodó, la inalterable perfección de su prosa. Fatiga ese carácter siempre igual, esa

constante aplicación del artista, que, obstinado y paciente, siempre está sobre el yunque para impedir que su pensamiento aparezca expresado con el abandono, el garbo espontáneo, la falta de pulimento de la forma primera.

Afírmase que no fué Rodó un pensador ni un maestro. Para merecer tales dictados, faltáronle hondura y originalidad. No fué ni un creador ni un «inventor» de ideas. Obsérvase que sobre el ideólogo predomina en él el escritor, que es el que aporta caudal propio a su obra. Añádese en fin, que, para ser un verdadero maestro, para cumplir la transcendente y esencial finalidad que tal título entraña, careció de vigor impositivo y faltóle el conocimiento directo de la realidad.

* * *

Participamos del concepto según el cual toda revisión de valores es siempre útil, máxime cuando, como en este caso, se la acomete con espíritu independiente, con superiores facultades; pero tratándose de Rodó, todavía demasiado próximo a nosotros, y figura hasta ayer no más indiscutida, cabe conjeturar acerca de las posibilidades de prevalencia de toda crítica extremosa, de todo radical vaticinio a su respecto.

Si la perspectiva que da el tiempo, es conveniente o necesaria al juicio que aspira a perdurar, entonces falta, para la más segura apreciaciación

de Rodó, un elemento realmente interesante. Pero agrávase el conflicto cuando se piensa que se trata de remover opiniones y conceptos compartidos con férvido entusiasmo y con rara unanimidad. Por espacio de veinte años vióse al maestro bajo una misma y única luz; de él se tuvo una misma y única imagen, que fué, también, parte a confirmar hasta la ausencia de toda controversia a su respecto. Imagen tan fuertemente prendida al pensamiento, tan cara a la sensibilidad, adherida a la imaginación durante tan largo lapso de tiempo, no es fácilmente substituible. La crítica que la reputa falsa, se lanza sobre ella resueltamente. Ofúscala, a las veces, la fijeza que ha adquirido en los espíritus, el dominio que ha ganado, y conviértese entonces en reacción. Aspirando a rectificar los que considera colectivos errores de visión, suele conspirar contra su empeño la vehemencia que emplea en tal enpresa, de donde también resulta la incertidumbre acerca de la persistencia de sus fallos.

* * *

Se ha llamado a las nuestras «tierras excesivas». ¿Y no contribuiría a confirmar la realidad de este dictamen, lo que acontece ahora con este maestro: ese pasaje, un poco súbito, de la afirmación más rotunda, del coro entusiasta, de la

triunfal apoteosis, al movimiento que lo despoja, a veces con suaves maneras, a veces con ademán imperioso, de sus títulos y jerarquías?

«Pero, Señor! ¿Dónde está la Verdad? ¿Dónde está la Verdad? — exclama ante las observaciones de algunos de sus críticos un ilustre autor dramático.

Si para asirla, o para aproximársele — pues trátase de cosa difícilmente aprehensible — el don de serenidad es auxiliar precioso, Rodó encontró en sí mismo una luz que lo orientara hacia ella, permitiéndole descubrirla o vislumbrarla. Pero ese don es flor extraña, y especialmente rara en nuestro clima, ni estable ni clemente. Y siendo así, ¿qué tiene de extraordinario que esa imperturbable serenidad del maestro, haya concluído por motivar el reparo, el comentario adverso? — ¿No ha de parecer, cuando no natural, explicable y lógico, que se vea en ella un agente de esterilidad? — ¿No ha de reputarse dentro de lo normal que, proclamada la inutilidad del gesto de Rodó, se la señale como la causa determinante de tal fatalidad? — ¿Ha de chocarnos que su tranquilo discurrir suscite a veces, en algunos espíritus una impresión de tedio; o que su prosa, tocada por la suave afluencia de su pensamiento, sugiera formas e imágenes inanimadas?

Serenidad de pensador, de juzgador y de crí-

tico, bien define y concreta esa palabra la natural e irrevocable disposición de espíritu de nuestro Próspero. Su pujante esfuerzo por ordenar nuestra genialidad perdurará como cualidad realzadora de su obra, pero será, tambien, estímulo, fuerza expansiva, aliento y sugestión de que tengamos cada vez más claras muestras.

Ya al mismo tiempo que se le disminuye en su condición de pensador y en su carácter de escritor moralista, celébranse, con unánime encomio, sus excursiones a través de los libros y de las edades, y admírase su «feliz naturaleza de árbitro».

* * *

Pero la lectura de algunos de los trabajos de crítica, de esta última etapa, acerca de nuestro gran ensayista, nos transporta a aquella fabulosa ciudad que Renán, con el suave y penetrante encanto de su prosa, evoca en sus *Souvenirs d'enfance et de jeunesse.* Sepultóla el mar bajo sus aguas, en época ignorada, y refiere el autor de la *Vie de Jésus* que los pescadores de la costa bretona hacen de ella curiosos relatos. «Los días de tempestad — aseguran — asoman en las cavidades de las olas, las puntas de las flechas de sus iglesias, en tanto que en los días de bonanza siéntese ascender desde el abismo el eco de sus campanas».

De semejante manera ven algunos críticos esa

otra ciudad ideal en cuyo ámbito sereno se propagó la voz de Próspero: música de palabras, extintas armonías, vagas solicitaciones, quimérico empeño por oponer Ariel a Calibán, llamamiento confuso y desmayado — frente a los clamorosos reclamos del presente y a las voces con que se anuncia el porvenir — a un imposible retorno al pasado.

Sólo que ocurre preguntar, ante tales puntos de vista, porqué ese empeño en acallar el fiébil son de los bronces lejanos, por qué, si ya no pueden convocar a «los oficios divinos», el mensaje que anunciaron un día — y fué aquel un mensaje de paz — mueve con tal ímpetu a la réplica y a la contradicción.

* * *

Entretanto. la obra está ahí! Cuando se la relaciona con los juicios por ella inspirados — comprendidos aquellos que la contradicen y refutan — se piensa a veces que Rodó, maestro en el género, se deparó a sí mismo finos y sagaces críticos, en vez de glosadores mediocres, miopes comentaristas o simples jueces ocasionales.

Concibió este aspecto de su actividad de escritor como una misión, no como tarea de laboratorio; mas supo unir «al amor por una idea o por una forma de arte — la íntima serenidad que pone un límite a los apasionamientos de

ese amor, como los fija a las tempestades de la tierra la paz de las alturas».

Apoyada a la par por el sentimiento y la razón, su fe ensanchó los horizontes de su obra. Tanto como por el desempeño, vivirá ésta por aquella fe, que si no fué en Rodó la llamarada del fanático, irradió con las luces de una segura convicción. Prefirió, a propagarla con «el yambo que flagela», difundirla con «el acento evangélico, con la nota de amor, con la nota de esperanza»; mas tuvo en él arraigo tan profundo que selló su personalidad y troqueló su destino.

AMADO NERVO

Lamentábase Amado Nervo de que no se tuviera de él, únicamente, «un pequeño libro de arte consciente, libre y altivo», que él habría dejado a cambio de los muchos que la vida lo obligó a escribir; «libro breve y precioso», trabajado al margen de toda preocupación material, en el que habría concentrado las mejores savias de su espíritu y fijado los vuelos más audaces de su pensamiento.

Una y otra vez esta cuita me viene a la memoria mientras paso las páginas de una reciente selección de los poemas de Nervo. Ese libro soñado por el autor de *Perlas Negras* está entre cuantos el poeta fué entregando, pródigamente, al público. Falta solo la mano que entre saque y reúna lo más delicado, lo más hondo, lo más perdurable.

¡Qué delicioso tomito se compondría con algunos de los mejores cantos de Nervo! ¡Qué precioso breviario de arte formarían esas pági-

nas en las que se prolonga, como un eco, más allá de la muerte, su sensibilidad! ¡Qué vaguedad de ensueño, de aspiraciones ideales irían poniendo en las almas esos versos aterciopelados, en los que todo es leve, blando, caricioso, en los que no estalla nunca la pasión, y cuyo predominante encanto reside en su gracia serena, en la claridad de linfa y en la afluencia con que brotan de las vertientes del sentimiento!

No pudieron nacer sino de quien, según es fama, atesoró en su corazón una bondad ejemplar, especie de santo láico cuya mansedumbre, lejos de ceder a los embates de la vida, fué en aumento, y cuya fuerza de renunciación le permitió ascender a «la montaña augusta de la serenidad».

> Amado es la palabra que en querer se concreta,
> Nervo es la vibración de los nervios del mal:
> bendita sea y pura la canción del poeta,
> que lanzó sin pensar su frase de cristal.
>
> Fraile de los suspiros, celeste anacoreta
> que tienes en blacura l'azúcar y la sal:
> muéstrame el lirio puro que sigues en la veta,
> y hazme escuchar el eco de tu alma sideral.

Así definía Rubén Darío al vate mejicano. Los dos tuvieron la preocupación de la muerte; pero a la inversa del poeta nicaragüense, que sentía estremecimientos de horror al

evocarla, el autor de *Serenidad* no la miró nunca con ojos de espanto, la contempló sin rebeliones y sin protestas, y estuvo siempre pronto, apercibido para el viaje.

También la carne era su enemiga; también la carne, poderosa y terrible, lo atraía; pero él supo vencerla. Disciplina y cilicio fueron sus armas; mas, para terminar con toda contumacia, pues los Satánes de la tentación eran hermosos y tenaces, había en su organización resortes de una eficacia infalible; había una capacidad de renunciación, un deseo de ascender hasta Cristo, una sed de infinito, un propósito de perfeccionamiento moral con tal fuerza sentido, que no podía esperarse sino el aniquilamiento de las potencias obscuras que procuraban avasallarlo.

Porque él las fué venciendo a todas. Llegado a cierta altura, ya dejó de correr tras de « las dichas pasajeras ». Mató en su alma el deseo, pensando que de este constante anhelar nos vienen todos los males, y que tan sólo el que no espera ni ambiciona nada se encuentra en paz consigo mismo. Parecíale que el renombre, en pos del cual tantos se agitan, no era más que una palabra vana, un bien presunto, que él rechazaba con resuelto y enérgico ademán. — « Véte ! », decíale, temeroso de que turbara con su algarabía su silencio. — Llamaba, en cambio, a la « san-

ta pobreza», que él veía penetrar en su alcoba como una bendición, y cuyas austeras virtudes magnificaba en su canto. Sólo quería consolar a los tristes, compartir con sus semejantes su poco de dicha y su poco de sol, devolver bien por mal, con la humilde generosidad del que oculta la mano dadivosa para que su acción sea toda caridad. Ansiaba ser una sombra más en el claustro, y vivir en oración y silencio en la paz de la Trapa.

Había aprendido tan bien a dominarse, a refrenar sus impulsos; su fuerza de renunciación era tan grande, que pudo ver cómo, al pasar, se volvían para mirarlo aquellas azules pupilas que, un instante, lo dejaron como un éxtasis, sin que, cediendo a la voz interior que lo impelía, se lanzara en pos de ellas:

> . . . Pero tuve miedo de amar con locura,
> de abrir mis heridas, que suelen sangrar,
> ¡y no obstante toda mi sed de ternura,
> cerrando los ojos, la dejé pasar!

«Quería ungir de suavidad, de dulzura el mundo», escribe uno de sus críticos, el fino prosista Alfonso Reyes.

. . . Y yo pienso en ese libro, «breve y precioso», aunque siempre más precioso que breve, en el que se reunirían algunos de los poemas de

Nervo, los más tiernos, los más hondos, los de más rica sensibilidad, los más propicios a las languideces del ensueño y a la meditación melancólica. . .

ENSAYOS DE RICARDO SÁENZ HAYES

Este libro del señor Ricardo Sáenz Hayes, *La polémica de Alberdi con Sarmiento y otras páginas,* es de aquellos a cuyo término nos sentimos amigos del autor. Vasta cultura, serena reflexión, penetración crítica, aguzada sensibilidad prestan autoridad y consistencia a los juicios de este escritor. Es la suya una prosa elegante, fina, matizada. Añade al atractivo del estilo el interés y la riqueza de la información. Expone sus ideas con claridad y precisión notables. El arte del narrador, en fin, colorea sus escritos.

«Con un dejo de reproche — apunta — se ha dicho que los argentinos, cuando escriben la Historia, lo hacen con la idea preconcebida de tallar la efigie de un héroe».

Ya Nicolás Avellaneda denunciaba este rasgo. Notaba que los hombres de letras de su país, absorbidos por la vida pública, no habían podido dedicar una mayor atención a los estudios históricos. De ahí que hubieran escrito *biografías*,

narrando los acontecimientos « para mostrar en su desenvolvimiento la influencia decisiva de sus personajes, levantados a alturas fantásticas por la pasión siempre creciente del escritor ».

La natural inclinación del biógrafo a exaltar al biografiado, a señalar, únicamente, aquellos rasgos que acreditan su superioridad, a presentarlo en escena, podría explicarse, además, en países como los nuestros, de breve pasado, por el deseo de concurrir a formar y robustecer el sentimiento nacional, ofreciendo a la admiración de las multitudes, al prócer enhiesto sobre su pedestal; como asimismo por la persistencia de las causas y de las tendencias en cuyo servicio se ilustrara.

Mas con Montaigne y con Pascal en mano, precisa el señor Hayes la universalidad del rasgo. Por lo que hace a América, declaremos que no constituye, ciertamente, un particularismo de la vecina república. Puestos a trazar una *biografía* construimos la estatua o el busto para la plaza pública, para el salón o para la academia. No paramos nuestra atención en el hombre, en su persona humana y perecedera. Nos sugestiona y arrebata el héroe. De su *intimidad*, nada o casi nada. No parecería sino que tales próceres hubieran sido siempre así : duro metal o frío mármol; o bien, que únicamente pudieran interesar a la posteridad sus grandes hechos, el in-

flujo que ejercieron en el terreno de la acción o en el campo de las ideas; agentes providenciales del destino o fuerzas propulsoras de los movimientos del espíritu.

Y sin embargo, fuera de lo que el estudio y el conocimiento de esa *intimidad* puedan representar como aportes a la consideración de la obra, como elementos capaces de contribuir a darnos la clave de las acciones humanas, importa esa *intimidad* como motivo y como estímulo de la creación literaria. En este género de biografías, para cuyo acertado desempeño es menester reunir, a una vasta erudición, un arte sutil, hecho de matices, rico de sentimiento y de color, caben los cuadros y evocaciones de época, el estudio de los caracteres, la actividad del crítico, las vistas de conjunto, la anécdota que subraya algún rasgo psicológico . . . Representación animada de la vida, retorno a un tiempo pasado, de la concertación feliz de tales elementos brota un acorde de simpatía humana y nace un estímulo para la imaginación poética. Quien lea este libro del señor Sáenz Hayes gustará el peculiar encanto de este género de biografías, a través de las páginas que tratan de Alberdi y de Rivadavia.

* * *

En el trabajo inicial, que da título al libro, traza el autor las síntesis del escritor de las *Bases* y del polemista de *Facundo*; temperamentos antagónicos, « naturaleza aristocrática la del primero, que le señala el salón y la academia como campo de combate », a propósito para lucir « su flexibilidad de espíritu, su talento múltiple y variado, la dulzura y suavidad de sus maneras », personaje « reconcentrado y sensible », al cual « todo lo afecta con una intensidad dolorosa »; bravío carácter el segundo, « hombre superior, con ritmo propio e intenso dinamismo mental »; dotado de « una psicología de fuertes contrastes »; hecho para la acción; en quien « el sentimiento de la fuerza es grande », y ante el cual « cuesta en extremo representarse cómo era posible en ese espíritu atormentado la convivencia de virtudes excelsas y vulgares defectos. Entra luego a exponer el origen y el desarrollo de la polémica, examinando las *Cartas Quillotanas* y *las Ciento y Una*, para concluir refiriendo la vuelta de Alberdi a Buenos Aires y la definitiva expatriación, en páginas que trasuntan la honda melancolía, el desencanto irreparable, la amargura, que sólo acaba con la muerte, del condenado a la ausencia.

Vigorosa es la síntesis que hace el escritor, en su trabajo sobre *José Enrique Rodó y la Democracia*, de las ideas de *Ariel*; hondo el análi-

sis de la obra. Y no son, por cierto, las páginas menos substanciosas, en este estudio, aquellas en que considera el concepto de *república aristocrática* con que alguna vez se ha querido definir y precisar el ideal de democracia de nuestro gran ensayista, y la acusación de conservadorismo que le han dirigido algunos de sus críticos y comentaristas. De la lectura del informe que produjera Rodó, sobre el trabajo obrero en el Uruguay, extrae la conclusión de que su autor «estaba en especiales condiciones para apreciar sin alarmas las cuestiones planteadas por el crecimiento de la vida industrial». Por lo demás, junto con la afirmación de la existencia de «las jerarquías orientadoras, en lo político, en lo social, en lo económico, en el arte y en la ciencia», sostiene la necesidad de mantener esas jerarquías, sin las cuales, «no sólo la vida de relación se hace imposible, sino que el edificio social se derrumba»; lo que no excluye que haya y deba haber igualdad de derechos políticos.

De Angel de Estrada, cuya obra examina en páginas finas y penetrantes, dice el señor Sáenz Hayes que «en la literatura argentina, es el peregrino por antonomasia». Peregrino él, también, se sintió siempre unido por fraternal simpatía, al sutor de *Las Tres Gracias*. Pero lo fueron, asimismo, por natural inclinación, o por obra de

las circunstancias, los próceres, los pensadores, los artífices de la palabra que se estudian en este libro: Rivadavia y Alberdi, condenados a perpetuo ostracismo y a continuas andanzas, proscriptos por la tiranía, en misión en el extranjero, o arrojados de su patria por el odio político; Sarmiento, emigrado en Chile, viajando por Europa, Africa y América; Rubén Darío, corriendo mundo desde su más temprana edad; Estrada, siempre en camino, movido por su inquietud de viajero infatigable; José Enrique Rodó, que apenas si se había alejado alguna vez, por pocos días, de su ciudad natal, peregrino, también él, al final de su vida.

* * *

Esa emoción del caminante, ese estremecimiento con que recordamos el panorama que tuvimos delante de los ojos, el clima espiritual propicio a nuestros gustos, a nuestras inclinaciones, transcienden de este libro. Apenas si en el capítulo sobre Estrada hace el autor otra cosa que declarar su vocación de viajero. Tal concepto, tal frase, tal observación, tal cuadro, tienen en estos ensayos el sentido de una discreta confidencia o de una íntima cuita del espíritu. Ecos de suave nostalgia, o poso de impresiones, los asociamos, naturalmente,

a los pasos del peregrino. Mas si el viaje dilata el horizonte, acrece el número de nuestras curiosidades, afina y, a la par, hace más vibrátil la sensibilidad, gusta ver al viajero, en sus retornos, refiriendo una parte de su solicitud al estudio de nuestros pensadores y artistas. Paréceme ocioso afirmar que esto no implica, ni remotamente, una adhesión al «¡allá se las tengan ellos! Que de Inglaterra se ocupen los ingleses, y de Francia los franceses», que el señor Sáenz Hayes considera como «un grito de guerra, blasón y programa del nacionalismo agresivo y poco razonante, explicable difícilmente aún en los países de rica y compleja civilización propia». Inútil, asimismo, declarar que no merece nuestra simpatía «el afán de que las personas hagan no lo que a ellas les place sino lo que a nosotros nos agrada o estamos en condiciones de apreciar mejor», afán que sería parte a explicar el reparo amistoso: «Cuanto Vd. hace es de suyo interesante, mas de ordinario trata usted de asuntos forasteros». Y luego: «¿Porqué no se vincula usted un poquito más a nosotros? ¡Hay tantos temas fascinantes en la historia y en la literatura de estos países!» Sólo que, como decía Larra, «con respecto a la gloria, bueno es no contar con ella por si ella no contase con nosotros»; lo que podría traducirse, en este caso: bueno es que

nos ocupemos, también, de los nuestros, por si de ellos no se ocuparan los de fuera. Sobre todo cuando, como acontece con el señor Sáenz Hayes, el desempeño es tan cabal.

ENRIQUE GÓMEZ CARRILLO

Hace quince años — el término que Tácito llamaba «un gran espacio de la vida humana» — el amigo que me acompañaba en la terraza del Café Napolitano, al caer la tarde, en esa que los parisienses denominaban «la hora verde», me hacía notar la presencia, en una mesa próxima, de Enrique Gómez Carrillo. Recordamos, entonces, con cuán vivo interés, al despertar en nosotros el gusto por las cosas del espíritu, leíamos las páginas de *Literatura Extranjera,* especialmente aquellas consagradas a los poetas jóvenes de Francia, aunque estos fueran ya, cuando el libro llegó a nuestras manos, bastante menos jóvenes... Después, las andanzas del escritor, sus ecos del bulevar, su París al día, en que agitaba sus tenues alas, dejando caer en sus vuelos un sutil polvo de oro, la mariposa de la actualidad.

Carrillo había dado a la crónica un encanto

del que había estado desposeída en nuestro idioma. En su estilo triunfaban, sobre el empaque de la recia prosa castellana, la levedad, la gracia, la finura, la sobriedad y la elegancia de la prosa francesa. Y esto, aunque no lo hubieran discernido algunos de sus infinitos lectores, contentándose con gustar el sabor de novedad de sus páginas, le había conquistado entre el público hispanoamericano una inmensa popularidad. Otros, llegados a Lutecia desde nuestras repúblicas latinas, habitantes de las márgenes del Sena, al cabo, también ellos, de la última historia del bulevar y, como él, impregnados de *parisienismo,* lo emularon en ese arte del comentario amable y brillante. Sólo que en el autor de *Almas y Cerebros* era esa su modalidad, su forma, su manera. En ese elegante discurrir sobre los libros, el teatro y los teatros, las modas y los modos literarios, los lances y ocurrencias del momento, estaba toda entera su individualidad de escritor.

París brindóle la atmósfera más propicia, el cielo más acogedor, el ambiente más grato, el clima más templado para abrigar los sueños del artista y acrecerlos con imprevistos desenvolvimientos. Pero si lo sedujo el bulevar, su inquieta curiosidad no se satisfizo con sus ecos, sus sonrisas, sus crónicas y sus anécdotas. En el tomo XI de sus *Obras Completas,* en el que

reuniera algunos de los capítulos de *Literatura Extranjera* y de *Almas y Cerebros,* publicados en 1894 y 1895, dice el autor: «Con las páginas menos amarillentas de aquellos libros, he formado este tomo, en el cual, entre mucha erudición adolescente, me parece que se descubre ya la curiosidad universal que me hizo ser un incansable viajero a través de los libros, antes de convertirme en el «cristiano errante» de que habla Maeterlinck».

Esa curiosidad, llevándolo de un punto a otro, haciendo que errara por Grecia y por Jerusalén, moviéndolo a internarse en el *Japón heroico y galante,* trayéndolo al Plata, a conocer y gustar *el encanto de Buenos Aires,* conduciéndolo a *Fez, la andaluza,* descubriéndole, en fin, todas las rutas, concurrió a hacer de su obra el panorama más variado, y dió a la literatura de viajes innumerables páginas de original belleza, ricas de movimiento y de color, realzadas por la finura de la observación, por la delicadeza de los rasgos, y por el arte de la expresión.

Mas, conviene discernir el cosmopolitismo de su espíritu. Su curiosidad, como él mismo lo dijo, era universal. Sus andanzas, su continuo peregrinar, lo demuestran. Y ahí están sus estudios cosmopolitas. Ingleses, suecos, rusos, alemanes, franceses, italianos, yanquis..., de auto-

res de todas las nacionalidades trata en esos estudios. Pero sus gustos, sus preferencias, su íntima esencia, todo eso era, ciertamente, francés. Eran de Francia la ligereza y la gracia de su estilo; eran de Francia la claridad y la luminosidad de su forma, su sensibilidad, tan fina, tan sutil, su sentido del matiz, tan vivo, tan inseparable de su individualidad de escritor.

Con él fué siempre, a todos los puntos a que lo condujera su vocación de viajero, su deseo, nunca saciado, de conocer otras tierras, otros mares, otros horizontes, una partícula del alma de la gran nación latina. Llevó a todas partes algo de la óptica amable del bulevar, la sensibilidad muy viva, muy pronta, muy despierta para recibir y transformar sus impresiones en imágenes, en cuadros, en descripciones, en paisajes, veladas las miradas para lo abrupto, lo chocante, lo feo, lo deforme, y dilatadas las pupilas ante lo bello, lo pintoresco, lo agradable, lo armonioso.

* * *

Hablaba Carrillo, en una de sus últimas crónicas de «los que empezamos a peinar canas». Hacía ya tiempo que habían comenzado a blanquear sus cabellos, bajo su sombrero de anchas alas. Cierto día, un amigo me llevó hasta su departamento de la rue de Catellani. Entre una fotografía de Maeterlink y otra de

Raquel Meller, hablaba de la dorada y caliente Niza, donde tenía su casita y su jardín.

Nada de bohemia en aquel coqueto interior, lleno de libros ordenados en sus estantes, o dispuestos sobre las mesas. Los que volvíamos de visitar la Exposición de Artes Decorativas, advertíamos al entrar en aquel pequeño despacho, algo del gusto, un poco bizarro, del día. Cubría los muros un papel violeta, rematado por una guarda negra. También de negro estaban pintadas las puertas, un negro brillante sobre cuyo fondo destacábanse algunas manchas y salpicaduras de oro.

* * *

No diviso hoy, entre los escritores hispano americanos, ninguno en quien las facultades para la crónica se concierten con la asiduidad de este maestro.

Y uno piensa que se ha cerrado, con su partida, una comunicación, constante y grata, con un amable espíritu, que discurría sobre tantas cosas, sin profesar nada gravemente, pero hablando de todo con serenidad, con gracia, con interés, con optimismo, con el amor y la ilusión, enormes, del arte y de la vida.

DEL SENA AL PLATA

Es muy frecuente que el viajero — y hablo del viajero culto — vaya en su camino de sorpresa en sorpresa. La realidad no corresponde a menudo a la idea que se había formado a través de lecturas y referencias; y muchas veces, no precisamente porque la realidad reduzca las representaciones de su imaginación, o las supere, sino porque ella se le aparece como un cuadro distinto del que le había compuesto su fantasía. Esta diversidad entre el panorama que habíamos entrevisto y el que se ofrece ante nuestros ojos no es, por cierto, uno de los menores atractivos de los viajes. Si ella nos reserva lo inesperado, es también un estímulo para nuestra inquieta curiosidad y nuestro espíritu de análisis.

Por otra parte, la observación directa de formas y de cosas suele llevar la reflexión por otros caminos que los que seguiría si ella se atuviera

a impresiones puramente reflejas; y conducir, asimismo, la emoción por sendas diferentes. Así los viajes nos traen, a cada paso, revelaciones imprevistas. Pero aun repitiéndolos de tanto en tanto, no logramos agotar sus sorpresas. Una ciudad nos presenta aspectos que no habíamos divisado en una visita anterior; o bien, nos impresiona en su conjunto, o en tal cual detalle, de distinto modo. Ello depende, en gran parte, de las mudanzas del tiempo, de lo que, con éste, ha evolucionado nuestro pensamiento, de la óptica aplicada en una u otra oportunidad, del mayor o menor espíritu de observación con que completamos o amplificamos la visión inmediata de la realidad.

Esto discurría una tarde, en París, substrayéndome, por momentos, a la comtemplación de la incomparable perspectiva de los Campos Eliseos, después de haber realizado un largo paseo por los grandes bulevares. Comenzaba el crepúsculo a invadir la magnífica avenida, rematada a lo lejos por el Arco de Triunfo de la Estrella, cuya masa imponente recortábase sobre el cielo con tranquila majestad. La circulación de automóviles era enorme, y, mirando a la distancia, el torrente del tráfico daba la sensación de un mar de olas bravías que se sucedieran las unas a las otras, avanzando con mecánica regularidad. De vez en

cuando, de entre los motores trepidantes y las carrocerías, emergía la silueta de un fiacre despintado y anacrónico, del cual tiraba un caballejo escuálido. Parecía aquello significar, frente a la urgencia de nuestros días, la lentitud de otro tiempo de más sosegado ritmo.

* * *

En medio de aquella circulación enorme, como poco antes entre el tumulto de los bulevares, yo experimentaba una sensación de reposo, sin que para ello me fuera necesario refugiarme en la contemplación deleitosa de los castaños que sombrean y embellecen la gran avenida, y que ostentaban en aquellos días el verde claro de sus hojas nuevas y la gracia de sus racimos de flores. Preguntábame cuál sería el motivo determinante, la razón de aquel hecho; y creí encontrar la respuesta lejos del sitio en que me hallaba, a través de los mares, en nuestro Plata, que acababa de asociar al Sena, en los giros de mi pensamiento. Parecióme, entonces, que aquella sensación de reposo, de calma, de sosiego, experimentada en medio de la palpitación enorme de la urbe, y cuyos agentes misteriosos procuraba conocer, debía ser un fenómeno sensible para cuantos llegaban a París desde las capitales que baña el «río como mar»; y mis ideas fueron rápidamente eslabonándose en ese sentido.

Un velo de sombra empezaba a tenderse sobre las cosas mientras disponía y ordenaba los elementos de aquella elaboración mental. «Allá, me dije, en las riberas del Plata, yérguense opulentas ciudades capitales, en extraordinario desarrollo, y el panorama individual revela el mismo apremio con que disponemos las piedras del progreso edilicio y del desenvolvimiento material. Substituímos por la improvisación repentista — en cuanto esa substitución es posible — la obra lenta del tiempo. Nuestro poder de asimilación nos incorpora rápidamente todos los adelantos modernos. Aspiramos a una originalidad, que sólo luego surgirá clara y distinta, en países jóvenes, donde se forma una raza, y que «renuevan cada diez años su estructura social». Todo es batalla, golpe de piqueta, multiplicado esfuerzo y desbordante energía. Tenemos prisa por llegar, y sentimos el vértigo, la fiebre, la pujanza de nuestra juventud emprendedora y osada. La vida así se toca de agitación y de tumulto interior, y nuestras capitales manifiestan en su fisonomía y en sus costumbres esa extrema tensión. Por eso, en medio del torbellino de la gran ciudad experimentamos una impresión de calma. Olvidamos nuestro trágico cotidiano — crecer, crecer, crecer, — «esa ansia de perfeccionamiento continuo, que es la melanco-

lía secreta de la juventud», — frente a una belleza lograda, a una espiritualidad adquirida, a una armonía y a un orden que nosotros no hemos podido aún alcanzar. París nos apacigua, reposa nuestros nervios de emprendedores fatigados, y nos brinda su sonrisa, que es su más rara y más preciosa flor, porque en ella culminan su civilización y su genio. Esta trepidación de la gran ciudad no es la misma de las nuestras. Sus pulsaciones son menos violentas, aunque a primera vista parezca paradojal esta aserción. Y es que percibimos, entre la muchedumbre que pasa a nuestro lado, a través del tumulto circundante, el palpitar tranquilo de una civilización que ha dado su flor y adquirido su ritmo. La genialidad de América — y ésta sigue siendo tierra de milagros — anticipará, sin duda, la hora en que podamos decir de nuestras metrópolis cosa semejante».

UNA ETAPA LITERARIA

El romanticismo, que en 1834 y en 1837 se manifestó del otro lado del río, en los *Consuelos* y en *La Cautiva*, de Esteban Echeverría, marcó una etapa memorable en los anales de la cultura platense.

Bajo su influjo, y con la presencia de la juventud argentina arrojada de su patria por la dictadura, aquella pequeña población que el paso del tiempo ha convertido en la moderna metrópoli que es hoy Montevideo, fué por espacio de largos años teatro de una gran animación intelectual. Excitando la fantasía, haciendo sentir su influencia renovadora, descubriendo un vasto horizonte, el romanticismo dió su fisonomía a toda una época y señaló a sus elegidos.

Como toda tentativa de reforma, aquel movimiento tuvo también que combatir contra preocupaciones y conceptos hondamente arraigados; pero ello fué un incentivo y un estímulo para la actividad literaria. Si la lucha empeñada entre clásicos y románticos no registró

entre nosotros la tumultuosa agitación a que diera lugar en Francia, donde promovió tan apasionados debates y motivó tan pintorescas escenas como aquellas que ha recogido la crónica, no pudo dejar de provocar alarmas, animosidades, impetuosos ataques y enconadas resistencias.

Juan María Gutiérrez, tan destacada figura del grupo por el cual se opera la renovación de las formas clásicas, el cambio del gusto y de las ideas, dice en su estudio sobre Juan Cruz Varela, que distinguía a los jóvenes románticos «un sentimiento orgulloso de suficiencia, un gran desdén por los *viejos*». «Sus frecuentes pecados contra la disciplina literaria — agrega — y contra los modelos de la antigüedad en bellas letras, eran mortales y escandalizaban a hombres como el señor Varela que a fuerza de desvelos había conquistado el título de sacerdote de lo bello, según las creencias y dogmas del clasicismo».

Esto no obstante, el romanticismo ganó los espíritus, venció las resistencias, y aún acabó por hacer sentir, con mayor o menor fuerza, su influjo sobre aquellos que habían asistido con alarma a su irrupción.

Se explica que esto sucediera. Aquel movimiento no promovía tan sólo un simple cambio del gusto, no introducía un elemento puramente

externo, no aparecía informado por un deseo o por un afán de novedad — más o menos interesante, más o menos fecundo dentro de los dominios del arte — que encontrara en sí mismo su objeto y su satisfacción; no era, en suma, una de esas escuelas a las que los jóvenes de todos los tiempos rinden tributo cediendo al natural impulso que los mueve a ser parte en las novísimas corrientes, aún cuando, ya maduros, interpreten, a las veces, esa adhesión como expresiva de la arrogancia de los años mozos.

Traía el romanticismo aquel poderoso fermento — a la vez universal y de todas las épocas — que hacía exclamar al maestro en poesía del modernismo en América, al mismísimo Rubén Darío:

Románticos somos . . . ¿Quién que Es, no es romántico?

Pero, junto con este fermento, incorporando a la literatura la nota del sentimiento y del color locales, proclamando el principio de la libertad para el arte, propendía, a la vez que a renovación de las formas, a la renovación de las ideas y al cambio de las costumbres, por lo que se enlazaba con la acción política. Así, trasladado al Plata, se manifiesta plenamente del otro lado del río, en el mismo año de 1837, en sus dos aspectos esenciales: en el poema *La Cautiva* y en el movimiento — pronto sofocado

por los agentes de la dictadura — de la Asociación de Mayo, que, reuniendo a la juventud bajo la nueva enseña, la mueve a concertar un programa de acción.

Mas el romanticismo llegó al Plata en hora propicia para su desenvolvimiento, transmitido de Europa a pueblos recién nacidos a la vida independiente, cuando, tras el pujante esfuerzo emancipador y los primeros ensayos de organización, hacía presa en ellos la anarquía.

Hay en los *Viajes* de Sarmiento — puede leerse la carta fechada en Montevideo el 25 de Enero de 1846 y dirigida a Vicente F. López — una página sugerídora de los enlaces y derivaciones del romanticismo — y de los románticos — hacia la política.

« La poesía — escribe el autor de los *Recuerdos de Provincia* — ha servido, no pocas veces, para despertar inteligencias dormidas, lanzándolas en la vida pública. Pacheco y Obes, el jefe montevideano, es poeta; y poeta es Lamas que llegó al ministerio... »

De este como del otro lado del río, aquella generación que llegó a la arena cuando se difundían las primeras ondas del romanticismo, compartió, en efecto, con el sentimiento literario, las funciones públicas. Escritores y guerreros, polemistas y tribunos, historiadores y sociólogos, estadistas y poetas, políticos y di-

plomáticos, su actividad fué grande y múltiple y alternaron con la acción el ensueño y la disciplina intelectual. Salvaron, sin esfuerzo, la distancia que media entre la academia y la plaza pública, entre las voluptuosidades y ficciones de la imaginación y el cuadro de la inmediata realidad.

Hacia promedios del siglo pasado el romanticismo iba a dar vida a aquella literatura, reveladora de una viva exaltación espiritual, estimulada por la singularidad de las circunstancias, en época de destierros, prisiones, asedios, sangre, batallas, que habría de tener su expresión en la estrofa melancólica y en el apóstrofe, en el canto patriótico y en la invectiva, en la elegía y en la sátira, en las formas, en fin, ásperas, del periodismo de combate.

* * *

En 1838, el romanticismo tuvo su vocero en *El Iniciador*, que, fundado por Andrés Lamas y Miguel Cané, apareió en Montevideo, en Abril de aquel año, subsistiendo hasta Enero del siguiente. Viendo en el estado del país, en el instante en que lanzábase a realizar la experiencia de un «periódico puramente literario y socialista», tan sólo «un incidente del momento, una cosa precaria, una desgracia fugitiva, aspiraba *El Iniciador* a obtener la consagración de

los más firmes empeños a fin de hacer efectivo, en toda su integridad, el programa de la revolución de Mayo, que no comprendía, únicamente, la independencia política de las antiguas colonias sino que perseguía, asimismo, la conquista de la libertad en el orden del pensamiento, de la producción literaria y artística, y en las esferas de la actividad industrial.

«La sociedad americana, inteligente, republicana, plebeya, religiosa, no puede ser la sociedad vieja, ruda, esclava, fanática, del tiempo de las colonias», exponía el programa de la novel publicación.

Proponíase el periódico despertar la curiosidad intelectual del público, al cual informaría acerca de «las novedades inteligentes que ocupan al mundo culto». Por el momento autores extranjeros llenarían la mayor parte de sus páginas; a medida que ello fuera siendo posible, la producción nacional substituiría a la extranjera. Anunciaba, en su primer número, que ocuparían un lugar en sus columnas los artículos de *Fígaro* «no publicados en los dos tomos reimpresos en esta capital». Contribuiría así a difundir el encanto de aquella pluma que reunió a los atractivos del estilo, el interés de la observación, la agudeza de la crítica, las sales del ingenio, reflejando en peregrina labor, las preocupaciones y las costumbres de una sociedad y de una época.

Traía, pues, el órgano de los novadores, con su norma literaria su fórmula política, contemplando aquella faz del romanticismo que miraba al campo de la actividad social.

José Enrique Rodó, moviendo a « despejar del polvo de las bibliotecas las páginas olvidadas de *El Iniciador* », examinó con cariñosa solicitud, en un ensayo magistral, la colaboración de los que concurrieron a animar al periódico; la de Lamas — pronto interrumpida por el alejamiento de éste, motivado por los sucesos políticos, — la de Miguel Cané, la de Alberdi, la de Juan María Gutiérrez, la de Félix Farías, la de Carlos Tejedor . . .

* * *

Desaparecido *El Iniciador*, otras publicaciones estimulan la fantasía. Surgen iniciativas y centros de cultura, se organizan certámenes literarios, florece una literatura ardorosa, en aquel ambiente, donde, a la par que el gusto de las ideas y el amor a las letras, se inflama el odio a la tiranía.

Apenas si al reflejar algunos de los hechos o de las ocasiones en que se manifiesta, en aquellos días, el sentimiento literario, o al trazar los contornos del cuadro que presenta la actividad intelectual de la época, cabe mencionar — tan conocido es este episodio — el certamen promo-

vido por el gobierno, en 1841, para un canto al 25 de Mayo, y en el que Juan María Gutiérrez fué el vencedor.

En ese mismo año, de 1841, un doloroso suceso conmovió profundamente a la sociedad de Montevideo. En uno de los últimos días de Setiembre murió Adolfo Berro, noble poeta a cuyo breve pasaje asociamos el recuerdo de aquella de sus poesías en que alude a la fugacidad de la flor de azahar:

Flor sencilla a cuya vida
Breves horas marca el cielo . . .

Este poeta adolescente había dicho el dolor de

¡ Morir, cuando en redor todo respira,
Cuando todo sonríe en el solaz,
Sin que un ángel de gracia en la agonía
Me dé pasando el ósculo de paz !

¡ Morir, sin que entre el polvo los tiranos
Haya visto en el mundo de Colón,
Demandando al eterno en mis plegarias
Para los abatidos el perdón !

¡ Morir, cuando se agita el orbe entero
En pos de esa deseada libertad,
Sin que pueda el camino, arrebatado,
Mostrar a la obcecada humanidad !

Aquel desenlace de una corta vida hirió en lo vivo el sentimiento romántico de Juan Carlos Gómez. Junto a la tumba recién abierta sonaron

los versos del futuro cantor de *La Libertad.* Ya estaba allí el poeta que, atacado de una incurable tristeza, habría de traducir sus infortunios, en versos dolorosos, y que, ausente durante largo tiempo, sólo volvería a la patria cuatro lustros después de haberse dormido para siempre, entre los ruídos de la apoteosis y las voces de la polémica, como si los ecos de su actividad de combatiente se hubieran propagado de nuevo, para acompañar sus cenizas al suelo nativo.

No fué la de Juan Carlos Gómez, la única voz de poeta que se oyó en ocasión de la muerte de Adolfo Berro. La nota elegíaca brotó de la lira juvenil de Mitre, que ya se había estremecido con los recuerdos de Buenos Aires, había señalado en *El Inválido,* con el olvido del viejo guerrero, olvidos aún más crueles; y en cuyo cordaje, entre épicos cantos, inflamadas estrofas, patrióticas inspiraciones, vibraban, también, no sacudidas por el aletazo de la acción, íntimas armonías.

Un año después, Andrés Lamas estudia nuestros orígenes literarios y trae a la luz la querella sostenida entre clásicos y románticos, manifestando a la par que su cultura, la ponderación y la serenidad de sus juicios.

En efecto: como si se tratara de sucesos lejanos, respecto de los cuales pudieran pronunciarse, con entera independencia, el crítico o el his-

toriador, sin el temor de que entraran por partes en la exposición o el dictamen, ni las pasiones del momento, ni el deseo de justificar la propia intervención en los hechos, adelantábase Lamas a atribuir a cada una de las escuelas en pugna la parte de verdad que él descubría en el fondo de las exageraciones a que se entregaran.

« Tenían razón — decía — los llamados clásicos en sostener algunas reglas, que serán tan eternas como la fábrica del mundo, porque están tomadas de la invariable naturaleza, y teníanla los románticos en despedazar preceptos y clasificaciones, mudables por su carácter de convención y especialidad, y destinados a renovarse y perfeccionarse con la sociedad ». Se diría que, por tal modo, clausuraba, con su noble palabra, la polémica, y anticipaba las vistas de la posteridad.

* * *

La llegada de Oribe al Cerrito, con la cual se inicia el sitio de Montevideo, no veda la actividad literaria, si bien hace, en primer término, de la prensa una tribuna política, desde la cual se lucha ardorosamente contra la dictadura.

Ya comenzado el asedio, en mayo de 1843, el Jefe Político de la Capital somete al Gobierno, que le presta su aprobación, su proyecto sobre

fundación del Instituto Histórico y Geográfico Nacional. El Instituto, «por su faz literaria,— decía la nota que acompañaba al proyecto — será una completa novedad. Estas regiones no han sido estudiadas en ningún sentido: todo está por explotar y la Europa poco más sabe de ellas que merezca apreciarse, que lo que le han dicho Azara y D'Orbigni. El misterio que envuelve nuestra naturaleza física, es común a nuestra historia, generalmente desconocida, hasta de gran parte de los hijos de estas regiones». Refrendaba el decreto por el cual se creaba el Instituto, el Ministro de Gobierno y Relaciones Exteriores, don Santiago Vázquez, hombre de Estado y hombre deletras, uno de los autores de la Carta de 1830.

Acuña de Figueroa — representante de nuestro período clásico — alternaba con más severas disciplinas, la glosa versificada de la pequeña actualidad doméstica, y Alejandro Magariños Cervantes obtenía los primeros triunfos de su carrera literaria. Florencio Varela, José Rivera Indarte, Andrés Lamas, Manuel Herrera y Obes, Valentín Alsina, Antonio Pillado, Francisco Pico, José María Cantilo, se batían desde las columnas de la prensa diaria, dejando caer de sus manos, momentáneamente, la pluma del polemista, para ceder a la inspiración del lírico o a las solicitudes del escritor.

Esteban Echeverría escribía, entre las inquietudes de aquellos días, algunos de sus poemas, y preparaba su *Manual de enseñanza moral,* que Gutiérrez calificara como «el libro más adecuado para sembrar en las conciencias tiernas las semilias del bien y el germen de las virtudes viriles y sólidas de que rebosaba el alma de su autor». Miembro del Instituto de Instrucción Pública, el educador compartía con el poeta la noble actividad de su pensamiento. Melchor Pacheco y Obes, Ministro de la Guerra del Gobierno de la Defensa, militar y hombre de letras, dictaba proclamas e improvisaba arengas a las cuales imprimía el sello de aquella elocuencia «llena de imágenes e impresionante», que algunos años después, causaría sensación en los tribunales de París, y haría decir a la crónica francesa que, gracias a ella, la discusión de los asuntos del Plata, en el terreno judicial, había resultado más colorida, más atrayente, y más dramática de lo que jamás lo fuera en los recintos parlamentarios. En 1844, el Gobierno lo alejaba del país, a raíz de su renuncia, concebida en términos violentos, de la cartera de Guerra. Sobre la nave que lo conducía a Río de Janeiro, sintiendo ya las melancolías y tristezas del proscripto, alzó el poeta su canto:

Desprende el ancla el bergantín velero,
Vuelvo la espalda a la ciudad querida,
Y tranquilo contempla el marinero
La blanca vela del noroeste henchida.

Sobre las olas del inmenso Plata
Osada cruje la espumante prora,
¡ Ay ! del que en brazos de fortuna ingrata
Ve de su patria la poster aurora !

Oíase la estrofa rotunda de Mármol. De éste se publicaban en Montevideo, durante el asedio algunos de los pasajes del *Peregrino.* Lanzado a la mar, sobre el barco entregado al vaivén de las olas, el poeta canta a la América, a la patria, a la libertad, al esplendor y a la fecundidad del Trópico, y da al verso recuerdos, exaltaciones y tristezas:

Hijo de la desgracia el *Peregrino*
ha confiado a los mares su destino;
y al compás de las ondas y los vientos
el eco de sus tristes pensamientos
vibrará por el mar. En su grandeza
cantará, entusiasmado, la belleza
de la espléndida bóveda estrellada,
con el alma ante Dios arrodillada;
y cantará también sobre las mares
la libertad, su amor y sus pesares.

Cuando se examina la *Historia y Bibliografía de la Imprenta en Montevideo* — el meritísimo trabajo de Dardo Estrada — se encuentra a cada instante — entre los mensajes y documentos ofi-

ciales, las memorias, las representaciones, los aportes históricos, las tesis, las publicaciones más variadas, — la anotación del drama, de la colección de poesías, del opúsculo, de la página inspirada en los acontecimientos del momento.

* * *

A fines de 1845, Sarmiento, desde Chile — que prestó, también, su hospitalidad a los emigrados argentinos—se dirige a Europa. Detiénese en Montevideo tan sólo brevemente, pero no pasa en vano, sino que escribe uno de los capítulos más interesantes de sus *Viajes,* en el que deja documentada la vida de la ciudad, traza, de mano maestra, la semblanza de algunas de las figuras que se mueven dentro de su murado recinto, y hunde su penetrante mirada en las complejidades del drama que allí se desarrolla. Impresiónalo el coro de los poetas, que siguen cantando, a la par que combatiendo, y, a las veces, por lo que a esto último respecta, no solamente con la estrofa en que vibran sus cóleras, no solamente con la pluma del polemista, sino también con las armas del soldado. Así Mitre, a quien llama, en un arranque pintoresco, « poeta por vocación; gaucho de la pampa por castigo impuesto a sus instintos intelectuales; artillero, sin duda, buscando el camino más corto para volver a su

patria». «En medio de este caos de intereses, — escribe — respirando la atmósfera cargada de humo, y encerradas en un horizonte que a cada punto tiene aparejadas tormentas que de una hora a otra pueden descargar sobre sus cabezas, las musas argentinas, cualquiera que sea la ribera donde les sea permitido entregarse a sus sueños, lo divinizan todo, hasta la desesperación y el desencanto». Y usando de la ironía y el sarcasmo, dirigía a los poetas proscriptos una formidable catilinaria. «Haced versos — decíales — y poblad el río de seres fantásticos, ya que las naves no vienen a turbar el terso espejo de sus aguas. Y mientras otros fecundan la tierra, cruzan a vuestros ojos con sus naves cargadas el *almo* río, cantad vosotros como las cigarras; contad sílabas mientras los recién venidos cuentan los *patacones;* pintad las bellezas del río que otros navegan; describid las florestas y campiñas, los sotos y bosquecillos de vuestra patria, mientras el teodolito, y el grafómetro, prosaicos en demasía, describen a su modo y para otros fines los accidentes del terreno».

Dictábale estas expresiones, su concepción del porvenir, la visión del progreso, que él llevaba en su mente, y que le conducía, — en su apresuramiento por ver establecida una correspondencia estrecha entre la realidad de las cosas y

los cuadros que le representaba su imaginación, — a dolerse, inevitablemente, de que sus compatriotas emplearan su inteligencia en empresas que no entrañaran un principio de ejecución de sus más constantes preocupaciones.

Pero, un sentimiento de ecuanimidad conquistaba, luego, el campo de su espíritu, moviéndolo a reconocer que Echeverría había embellecido la pampa con las escenas de *La Cautiva,* y a admitir, de buen grado, que el verso de los poetas proscriptos por la tiranía, protestaría por mucho tiempo contra la suerte de su patria.

Y era este el rasgo que reivindicaba Mitre para la musa argentina, en la carta - prefacio de sus *Rimas,* que dirigiera al escritor del *Facundo,* años después, todavía no cicatrizadas las heridas abiertas por el gran polemista.

Poeta fué, también, después de todo, Sarmiento aunque no hiciera versos, sin duda porque su genio tumultoso no se avenía con las limitaciones de la métrica, y porque sus visiones interiores y su temperamento literario, necesitaban el cauce, más ancho, de la prosa. Fué, en cambio, poeta en cuanto contribuyó, con sus arrestos de luchador y sus visitas de hombre de gobierno a elaborar la grandeza de su patria; en cuanto la causa de la edudación popular lo contó entre sus más fieles y tenaces sostenedores; en cuanto acertó a fijar, en páginas definitivas, « un estado

de civilización si tal puede llamarse a la época en que predomina la barbarie», concertando con el tono y el interés polémicos, el sentido de lo pintoresco, la descripción de tipos y costumbres que, ya desaparecidos o en trance de desaparecer, vivirán en su *Facundo*, por la fuerza de las figuras y el vigor de los cuadros, a la vez que como aportes a la consideración y al estudio de la evolución social argentina.

* * *

Con el derrumbe de la dictadura, restituyéronse a su patria los emigrados que, en Chile y en Montevidea, habían visto correr algunos años de su vida. No eran todos los que volvían: cuando cayó la cortina sobre el drama, algunos de ellos se habían dormido para siempre en el destierro. Los que regresaban, tras larga ausencia, iban a realizar, ya maduros para las grandes empresas, los sueños de su juventud; iban a acentuar los rasgos y los perfiles, ya bien acusados, con que pasarían a la historia.

Pero, casi al cabo de dos lustros, entregado a la vida pública, uno de ellos, destinado a los más altos honores, el General Mitre, pensaba nostálgicamente en los que seguían cantando, extraños al tumulto de las agitaciones políticas, significando con ello que el poeta podía haber callado freute a las solicitaciones y urgen-

cias de la hora, llena de transcendentales apremios, pero que no había muerto con el apaciguamiento de los hervores de la primera juventud.

Cuanto a los nuestros, iban a participar, también, en las agitaciones de una democracia inquieta, en la que se gestaba dolorosamente, entre violentas convulsiones, nuestro progreso político y social. Juan Carlos Gómez, personificaría nuestro romanticismo político, genuino representante de esa escuela a la que permaneció fiel hasta su último día, y de la que cobra todo su carácter su obra de publicista, de poeta, de tribuno; y Andrés Lamas, solicitada su actividad por sus servicios al país y por la disciplina intelectual, trazaría, entre otros, su estudio sobre Rivadavia, para caer, rendido por la muerte, como el soldado en la trinchera, frente a su mesa de trabajo, donde escribía una obra de hondo aliento, que habría coronado su labor: *El Génesis de la Revolución e Independencia de la América Española.*

EL ORO DE LA CONQUISTA

La noticia, divulgada por la prensa, del descubrimiento, en Colombia, de las ruinas de una ciudad que «se supone fué uno de los más grandes centros de la antigüedad de América», no ha omitido consignar que los conquistadores españoles extrajeron de allí «cantidades fabulosas de oro». Inútil aseveración o inútil conjetura. La idea del metal rubio, que el cacique Huatey tuviera por «Dios de los castellanos», se habría asociado, de todos modos, al hallazgo. Tan cierto es que la realidad y la leyenda acaban a menudo por formar en la imaginación un solo cuerpo, dándonos de las cosas una visión total, e impidiéndonos la delimitación del campo que a cada una de aquéllas corresponde.

Factor principalísimo en la conquista de América, el afán de riquezas lanza a la mar al grupo aventurero. Abandonado éste a sus fuerzas, en un mundo virgen, en lucha contra la naturaleza

y contra el hombre, diezmado por la fatiga, la enfermedad y la miseria, a merced del viento y de las olas, del indio aborigen, del émulo ambicioso, la áurea promesa, tantas veces no cumplida, le conserva el ánimo y ampara su voluntad.

No es extraño que, alucinados por ella los conquistadores, exaltada su imaginación por el imponente espectáculo que tenían delante de los ojos: la selva inmensa e inexplorada, la montaña enhiesta, los ríos como verdaderos «mares interiores», dieran crédito a las leyendas que hablaban de fabulosos tesoros, de opulentas ciudades, de jardines de oro, y contribuyeran, ellos mismos, a formarlas. En medio de una naturaleza fastuosa, que les servía de escenario y de decoración, componían el drama de la Conquista, embelleciéndolo con la fábula. Este elemento poético no los sumergió en un éxtasis voluptuoso: en él hallaron, por el contrario, constantemente, una fuerza que avivó su esperanza, renovó su energía y estimuló su ambición.

Cuando un historiador se pregunta qué ha ganado la civilización moderna con el mito de *El Dorado,* un escritor le responde: «Pues nada menos que la conquista y colonización de América». Y agrega luego: «Los buscadores de *El Dorado* fueron los primeros geógrafos del Continente, y sus tenientes, los fundadores de ciudades».

Algunos objetos de plata que Gaboto recibe de manos de los naturales, mientras remonta el Paraná, estimulan la imaginación aventurera. Los indios habían traído del Perú aquellos objetos con que obsequiaron al navegante; y si fueron los portugueses quienes dieron a nuestro gran río su sonoro nombre metálico, difundió el marino veneciano esa denominación. Un compañero de Gaboto refiere, en la relación de su viaje, que, a no ser por el arribo de la expedición de Diego García, habrían puesto término a aquél, «pues no nos faltaban más de veinte leguas para llegar a la sierra de oro y plata».

«La mágica leyenda — escribe Ricardo Rojas — debió desvanecerse al paso de los exploradores, pero el mito geográfico del Plata había cumplido su destino. Navegantes y conquistadores, atraídos por él, dejaban pueblos fundados y comarcas reconocidos, para servir de base a nuestra civilización».

Es verdad. Al Sur, como al Norte, la fábula, no sólo embelleció la conquista, sino que hubo de adelantarla. Aquellos precursores que el verso marmóreo de Heredia representa,

Comme un vol de gerfauts hors du charnier natal,

traen consigo de España el hierro y la cruz; pero en América la poesía prende en sus mentes

alucinadas; todo sirve a su ambición; todo los mueve a desempeñar su papel; y así los vemos pasar, a una distancia de siglos, entre los esplendores de la leyenda.

"LAS MULTITUDES ARGENTINAS"

He aquí un libro elocuente y vigoroso. Es de aquellos cuya síntesis y cuyo comentario nos sentimos impulsados a entregar al papel, cual si encontráramos en ello el medio más adecuado de prolongar la vibración de su lectura. Algo del sostenido aliento, o, más precisamente, del ímpetu de estas páginas, del imperio del estilo oratorio que comparece en ellas, del tono rotundo con que el escritor refiere los hechos y expone sus ideas, se propaga y comunica, necesariamente, al lector.

En cuanto manifiesta como tendencia, en cuanto sienta principios generales sobre las muchedumbres, es en el estudio de Le Bon sobre la *Psicología de las multitudes,* que está, principalmente, inspirado el libro del doctor José M. Ramos Mejía. Encuéntranse, en efecto, en ese estudio, no pocas definiciones y conceptos que el autor de *Rosas y su tiempo* expone y sistematiza en

su obra, y cuya consistencia procura demostrar, relacionándolos con el desenvolvimiento de la historia argentina.

* * *

El doctor Ramos Mejía estudia, en primer término, a la multitud como «entidad orgánica». Ve en ella un ser dotado de una naturaleza propia y de una particular estructura. Expone luego cómo se anuncia y aparece en América ese fenómeno sociológieo, cómo a través de la historia argentina se forman las multitudes, por qué se forman, cómo operan y por qué operan. La emotividad es para nuestro autor una de las características de la multitud. Ella es la que forma el ser colectivo, la que la empuja y la mueve en una u otra dirección.

Constituída, en su mayor parte, por elementos de la masa, su mentalidad es rudimentaria. Semejante a un vasto crisol, funde en un mismo molde a cuantos la componen. Hombres que, librados a sí mismos, accionando aisladamente, procederían en un sentido determinado, al convertirse en multitud, o más exactamente, al ser parte de ella, obran de una manera opuesta. En apoyo de esta tesis dice el doctor Ramos Mejía: «Sucedió en la *Primera Junta* lo que en la Convención francesa: tomados los miembros de esta última separadamente, eran como los de aquélla,

tan sólo burgueses esclarecidos, de hábitos tranquilos y morigerados, «reunidos en multitud no parecían vacilar en la aprobación de las proposiciones más feroces y envíar a la guillotina a individuos manifiestamente inocentes». Y agrega luego: «Si en un principio estuvieron reacios, y como contenidos en su actitud de temerosa expectación, por un espíritu conservador amamantado a los pechos de aquel régimen en que habían nacido, luego que entraron en la corriente, se dejaron fácilmente arrastrar por el empuje de pasiones y sentimientos que nacían calientes a favor de su nueva transformación psicológica».

De esa unanimidad en el impulso, resultan la cohesión y la eficacia de las multitudes, cuya acción en la historia del Río de la Plata compara el doctor Ramos Mejía a la de «los virus conocidos, favorables o nocivos según la circunstancia de su empleo, medicamentos o venenos según las dosis».

Desde los tiempos de la colonia y del virreinato, hasta la época moderna, el doctor Ramos Mejía distingue cuatro multitudes: las primeras de todas, con aspiraciones vagas, movidas por un extraño misticismo político y religioso, levantándose contra un corregidor, protestando contra un acto cualquiera de gobierno, alzándose contra la Inquisición; luego vienen las de la

independencia; más tarde aquellas de las cuales surgiera la dictadura de Rosas, y por último las de nuestros días, que preparan el advenimiento de la nueva raza.

No obstante las peculiaridades que las distinguen, y que aparentemente las separan, ellas forman parte del «gran todo», en el pensamiento del autor.

El génesis de la idea de la emancipación está en el espíritu de rebelión de las primeras multitudes, «larvales» todavía, como el mismo sentimiento que las mueve a la acción. El impulso inicial, pues, viene de abajo, de la masa, del montón anónimo, que se revuelve obscuramente, sin la plena conciencia de lo que quiere, pero con la certidumbre de que hay «algo» que produce su descontento, la irrita y la levanta. En el Norte es Bolívar el eje del movimiento libertador; en torno de él, y por él dirigida, se desarrolla la acción, pero en la Argentina, al Sur del Continente, la obra de la emancipación es la obra de la multitud. Ella vence con los recursos más inesperados. Sin tener la más remota idea de lo que es el arte de la guerra, sin caudillos, sin generales, sacando de su propia inventiva las armas para combatir, diezma y destroza a ejércitos veteranos, que se habían cubierto de gloria en los campos de batalla de Europa, desprevenidos e inermes frente a la original estrategia

de la muchedumbre. « Rondeau — escribe el doctor Ramos Mejía — la más indigente inteligencia de nuestra historia militar, derrotado en Sipe-Sipe, entre otras razones por haber desconocido la naturaleza especialísima de su *ejército-multitud;* Belgrano, el ecuestre bachiller, como le llama Groussac con poco respeto pero con mucha verdad; el cachafaz de Sarratea, que confundía un cañón con un arado, y que verosímilmente no distinguió jamás un sable de un paguas; Balcarce, Ocampo, Díaz Vélez, Alvarez, La Madrid, apenas si eran, en el arte de la guerra, simples analfabetos frente a los veteranos de Bailén y Zaragoza, a quienes vencieron casi siempre por inaudita ironía de la suerte ». Salvo San Martín — agrega — « y algunos otros escasos militares de escuela, todos los demás son inmortales miopes que han puesto la firma usurpadora a la obra trascendental de la multitud ».

Mientras las multitudes de la independencia se reclutan en las ciudades y en las zonas más próximas a los centros de civilización urbana, las de la tiranía surgen del litoral y de la pampa. Las primeras « se agotan en el esfuerzo de la emancipación », y la selección militar operada a su costa, prepara el triunfo de las segundas. En los campos y en los bosques se forma un tipo que participa del indio, del gaucho mestizo, de « la turba aventurera y antisocial », que es-

capa de las poblaciones perseguida por las autoridades o impulsada al desierto por su inadaptabilidad a la vida culta y civilizada. La poligamia, la ignorancia, la pobreza, la existencia salvaje y libre, sin más ley que el instinto, «las mezclas y mestizaciones heterogénas», la holgazanería, la falta de comunicaciones, la distancia de los centros urbanos, preparan ese fermento del cual va a surgir «el espectro sangriento de la anarquía».

* * *

Aparte los reparos que puedan oponerse a este libro, en cuanto se refiere a sus premisas y conclusiones, del torrente de vida que circula por sus páginas trasciende un sostenido y dramático interés. En el cambiante panorama que esas páginas nos componen, los cuadros, las descripciones, las figuras se suceden animadamente, dando la sensación del movimiento. Episodios, pinturas, evocaciones y retratos distraen a menudo la imaginación y la reposan, sin alejarla demasiado del objetivo perseguido, evitando así la aridez y la fatiga de las demostraciones sistemáticas, y contraídas, por exclusivo modo, a su fin.

Algunas páginas vibrantes, elocuentes, llenas de nervio, dedica el doctor Ramos Mejía a las invasiones inglesas. No era su autor, propia-

mente, un artista, pero sí un escritor que acertaba a expresar nítida y gallardamente su pensamiento, de ideas bien definidas, de una vasta erudición, y cuya pluma no vacilaba en su mano. Hay en sus libros imaginación, vida, color. Un grano de ironía, cierta gracia burlona, la facultad de enunciar el rasgo significativo, representando, a la vez, su sentido jocoso, comunica a algunas de sus páginas un sabor pintoresco. Del conjunto de sus cualidades intelectuales, de su prosa nutrida y afluente, de sus imágenes, de sus evocaciones históricas, de sus pinturas de tipos y paisajes, surge, a veces, una belleza que no puede considerarse, desde luego, como cosa independiente del escritor, más o menos extraña a las condiciones que le son propias, y principalmente producida por la plástica de las figuras, de los accidentes o de los hechos que refleja. Tal sucede cuando el doctor Ramos Mejía representa «el esfuerzo de la multitud» frente a las invasiones inglesas. Esa libre belleza, de tonos un poco violentos, torna a surgir cuando describe el escritor algunos paisajes de la cordillera para referir la impresión que causa su vista en el ánimo de los soldados españoles; cuando con una gran fuerza de colorido, narra las correrías y los ardides de la multitud; cuando traza las siluetas de Cisneros, de del Valle y Pellegrini.

Frente a Liniers, el doctor Ramos Mejía coloca a *otro hombre:* el *hombre-carbono,* como él lo llama, el hombre de la multitud. Es éste el que vence a los ingleses y los arroja de Buenos Aires. La figura de Liniers no surge acrecida de la pluma del escritor. Discurriendo sobre biografías, un ilustre argentino aludía a «aquel fenómeno que nos muestra cómo tienden a enseñorearse, revistiéndose de formas colosales, la idea tenaz y la imagen fija que durante largo tiempo obedecían al pensamiento». Este fenómeno bien puede ser parte a explicarnos que se hayan presentado empalidecidas ante el espíritu del doctor Ramos Mejía, algunas figuras directoras, aún allí donde han aparecido con verdadero imperio. El héroe de la reconquista comparecía ante la imaginación de nuestro autor obscurecido por ese héroe – el *hombre-carbono*— que había absorbido, durante largo tiempo, sus vigilias, que había estimulado su celo de investigador y de crítico, y del cual resultaría, en cierto modo, su biógrafo.

* * *

El doctor Ramos Mejía comprueba la influencia que el medio ambiente platense ejerce sobre el inmigrante italiano. Asiste a su transformación psicológica. En el celaje, en la luz, en «el ruído de las calles, el bullicio de las industrias, los gritos alegres de los niños que *brotan* en los

patios de los conventillos como el maíz en tierra lujuriosa, en la llanura cubierta de trigales y de verdes maizales», nota otros tantos factores que, despertando la imaginación y los sentidos — «adormecidos en la obscura invernación de la miseria» — del hombre arrebatado a su montaña, lo lanzan al torbellino de «esta vida febril en que va desenvolviéndose la *gran* nación». Ya en ello señala una primera alteración. Luego vienen otras no menos sensibles e interesantes. La actividad del trabajo remunerador distiende los músculos, aguza la inteligencia, descubre aptitudes ignoradas, multiplica las facultades, labra el desahogo y anticipa la dorada promesa del porvenir. Ha criado, así, el inmigrante, una alma nueva, una sensibilidad que vibra rozada por emociones y por afectos que no había soñado siquiera; tiene aspiraciones y deseos que sólo el medio y su nueva situación han podido despertar en él, pues ya «no piensa ni siente con su instrumento importado, que era deficiente», sino con el que le ha construido cuanto lo rodea.

No puede menos que causar el asombro del escritor «la dócil plasticidad» de este inmigrante — «en parte el vigoroso protoplasma de la raza nueva» — que se aviene sin esfuerzo al desempeño de los más variados oficios y menesteres, y cuya actividad y espíritu industrioso se mani-

fiestan por igual en la ciudad y en el campo. El proceso de adaptación a las costumbres locales, la capacidad asimilativa de este hombre que todo lo aborda, y en quien coinciden la laboriosidad y el instinto de previsión, aparece referido en páginas coloreadas y no exentas de un picante interés. El carácter pintoresco de algunas escenas, trasciende de las viñetas y breves estampas tomadas del panorama urbano o de la vida campesina. Ese mismo carácter se manifiesta en la pintura de algunos tipos, «productos de evolución», cuyas necesidades, predilecciones, hábitos y tendencias señala el escritor.

Y si algo hubiéramos de añadir acerca de este libro, sería para expresar que la divergencia respecto de algunos juicios y conceptos en él vertidos no puede obstar para que estimemos, como uno de sus más claros valores, la resolución con que el autor expone sus ideas y proclama enérgicamente *su* verdad, ese acento de firme convicción que da el temple y el tono de la obra.

ÍNDICE

Página

Prefacio V

VISTAS DE ESPAÑA.

I. La España de Sarmiento 1

II. «España Contemporánea» 12

III. «El Embrujo de Sevilla» 20

La evolución de Rubén Darío 29

«Zogoibi» 41

Rodó y la crítica 49

Amado Nervo 55

Ensayos de Ricardo Sáenz Hayes 61

Enrique Gómez Carrillo. 69

Del Sena al Plata 75

Una etapa literaria. 81

El oro de la Conquista 99

«Las multitudes argentinas» 103

"PRINTED IN URUGUAY

Bridgeport National
Bindery, Inc.
DEC. 2001

UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00020200104